



Lucha Civil en la Argentina - La Semana Trágica de Enero de 1919

Author(s): David Rock and Mario R. dos Santos

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 11, No. 42/44 (Jul., 1971 - Mar., 1972), pp. 165-215

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3465980>

Accessed: 07/10/2013 09:36

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Instituto de Desarrollo Económico y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>

LUCHA CIVIL EN LA ARGENTINA - LA SEMANA TRAGICA DE ENERO DE 1919

DAVID ROCK *

La lucha entre grupos y la violencia civil se cuentan entre las características principales y más persistentes del desarrollo histórico de la Argentina hasta el presente; la experiencia argentina compendia en medida considerable la "norma de ilegitimidad" distintiva del desarrollo político latinoamericano en su conjunto. Esto se ha manifestado en una espiral cada vez más acelerada de cuartelazos, levantamientos importantes y síntomas continuos, profundos, de endémicos antagonismos entre clases y grupos.

En este trabajo se intenta estudiar una de las categorías más importantes de la violencia civil, la lucha de clases urbana, empleando como primer paso hacia un análisis más general y comparativo la famosa Semana Trágica de enero de 1919. Este episodio fue quizás el mayor y más violento de su género ocurrido en los comienzos de la historia de la clase trabajadora argentina y ha ocupado un lugar destacado en el conjunto de mitos históricos explotados por los polemistas políticos. Hace apenas veinte años, en 1950, el conservador nacionalista Carlos Ibarguren escribió:

La Semana Trágica de Buenos Aires fue fomentada indudablemente por agitadores rusos, agentes revolucionarios del Soviet, quienes provocaron el levantamiento aprovechando el clima de agitación de la clase trabajadora que prevalecía entre nosotros.¹

Desde una posición favorable a los trabajadores, se hicieron frecuentes intentos de extraer del episodio importantes lecciones, a fin de aplicarlas a la consecución de los fines de las organizaciones actuales.

* Centro de Estudios Latinoamericanos, Cambridge.

¹ CARLOS IBARGUREN, *La historia que he vivido*, Eudeba, Bs. As., 1969, págs. 324-325.

La Semana Trágica de febrero resalta como una experiencia del movimiento obrero que le indica la necesidad de un partido político propio poseedor de la técnica de cómo conducir la acción espontánea de las masas.²

Antes de intentar señalar la exactitud de tales observaciones, debe destacarse desde el comienzo que la Semana Trágica, para ser plenamente comprendida, tiene que enfocarse mediante un análisis tripartito. Comenzó como una huelga general y finalizó con algo muy semejante a un pogrom, pero entre el principio y el fin se cumplió el papel crucial del gobierno como una fuerza mediadora entre los dos antagonistas que surgieron. Sin embargo, este último tema plantearía profundos interrogantes sobre la legitimidad del estado en la Argentina y su tratamiento adecuado excedería los alcances de este trabajo. El análisis se limita por lo tanto a los problemas de la lucha entre grupos surgidos durante el desarrollo de la crisis. Esto tiene la ventaja de reducir los factores considerados a un conjunto más manejable, pero restringe artificialmente la visión de la Semana Trágica a una perspectiva bipartita. Asimismo, quedan eliminados importantes problemas históricos planteados durante la crisis, tales como el cambio de actitud del gobierno radical, sus relaciones con las Fuerzas Armadas y con la oligarquía conservadora. Los problemas conexos, más amplios, de la sensibilidad de los gobiernos elegidos popularmente con respecto a los intereses de la clase trabajadora han sido también dejados de lado.³ El presente análisis trata solamente la huelga general y la reacción "patriótica" que la siguió.

EXPLICACIONES MARXISTAS Y NO MARXISTAS DE LA LUCHA DE CLASES VIOLENTA

Los análisis marxistas y no marxistas de la lucha de clases violenta generalmente están de acuerdo, pese a las opiniones antagónicas sobre las fuentes originarias del conflicto mismo, en que la violencia marca la culminación de un sentimiento compartido de indignación u hostilidad dentro de una clase o un grupo determinado contra otra clase o grupo. El acento sobre la "conciencia"

² ALBERTO BELLONI, *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, A. Peña Lillo, Bs. As., 1960.

³ Si se desea un examen detallado de este aspecto consúltese mi trabajo de tesis presentado ante la Universidad de Cambridge, *Radicalism and the Urban Working Classes in Argentina, 1916-1922*, capítulo V.

y la "percepción" que implican la indignación y la hostilidad es común a ambas escuelas. Para los marxistas la "conciencia" es convencionalmente una condición previa indispensable de la solidaridad de clase que se encuentra en la base de la acción revolucionaria. En Georg Lukács, por ejemplo, leemos:

... la conciencia de clase implica una falta de conciencia —debida a su posición de clase— de su propia condición histórico-social y económica. Esta condición está dada como una relación estructural definida, como un nexo formal definido que parece gobernar la totalidad de la vida. La "falsedad", la ilusión implícita en esta situación, en ningún sentido es arbitraria; es simplemente el reflejo intelectual de la estructura económica objetiva... Para una clase estar madura para la hegemonía significa que sus intereses y su conciencia la capacitan para organizar la totalidad de la sociedad de acuerdo con esos intereses. El problema crucial en toda lucha de clases es éste: ¿qué clase posee esta capacidad y esta conciencia en el momento decisivo? Esto no excluye el empleo de la fuerza... Por el contrario, tal transferencia de poder sólo puede ser llevada a cabo mediante el empleo más despiadado de la fuerza.⁴

Por lo tanto, el concepto de conciencia de clase —y más allá de él la capacidad de la clase para imponer su supremacía mediante la violencia revolucionaria— tiene una connotación especial en el análisis marxista, puesto que se vincula sobre todo con el estado de la "estructura económica objetiva", tal como es definida por las relaciones de producción. La conciencia de clase de la burguesía es más acentuada durante la etapa de transición del feudalismo al capitalismo, o sea durante las etapas críticas de acumulación de capital; la conciencia del proletariado se da en el momento en que el capitalismo alcanza su "crisis final". Importa señalar que durante las etapas intermedias de dominio capitalista, los comentaristas marxistas no ven al proletariado como poseedor de una "conciencia" que supere en mucho un "sentimiento de protesta" por su condición de explotado. Este puede provocar violencia, pero no "violencia revolucionaria" propiamente dicha.⁵

⁴ GEORG LUKÁCS, *History and Class Consciousness*, The Merlin Press Ltd., Londres, 1971, págs. 52-53.

⁵ En LUKÁCS, ob. cit., pág. 46, *passim*, se hallará una evaluación del desarrollo del concepto de conciencia y de conciencia revolucionaria.

Principalmente bajo la tensión de los sucesos traumáticos de la década de 1960, ha habido adelantos considerables en el estudio de la violencia entre los escritores no marxistas. Una de las obras recientes más comprehensivas es la de Ted Robert Gurr, *Why men rebel?*⁶ Gurr utiliza en su explicación de la violencia civil el concepto de "deprivación relativa", el cual adapta con pocas modificaciones sustanciales, tomándolo de la obra clásica de W. G. Runciman sobre las actitudes hacia la desigualdad social en la Inglaterra contemporánea. Runciman define la deprivación relativa de la siguiente manera:

Si A, quien no posee algo pero lo ansía, se compara a sí mismo con B, que sí lo posee, entonces A se halla relativamente privado con respecto a B... La deprivación relativa debe comprenderse siempre como implicando un *sentimiento* de carencia; no es necesario que una persona relativamente privada tenga una deprivación objetiva, en el sentido de que carezca demostrablemente de algo. Además la deprivación relativa implica que el sentimiento de deprivación es tal que comprende una comparación con la situación imaginada de alguna otra persona o grupo.⁷

La definición de Gurr es muy similar, pese a las diferencias de estilo:

La *deprivación relativa* (DR) es definida como la percepción por los sujetos de la discrepancia entre sus expectativas de valor y sus capacidades de valor. Las expectativas de valor son los bienes y las condiciones de vida a los que la gente se cree justamente merecedora. Las capacidades de valor son los bienes y las condiciones que cree ser capaz de obtener y conservar.⁸

Gurr vincula el concepto antedicho con la violencia civil, planteando la relación entre frustración, indignación y agresión:

La proposición básica con respecto a la frustración-agresión es que, cuanto mayor la frustración, mayor la cantidad

⁶ TED ROBERT GURR, *Why Men Rebel*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1970.

⁷ W. G. RUNCIMAN, *Relative Deprivation and Social Justice. Attitudes to Social Inequality in contemporary Britain*, Routledge and Kegan Paul, Londres, págs. 10-11.

⁸ GURR, ob. cit., pág. 24.

de agresión contra la fuente de frustración. Este postulado proporciona la base motivacional para formular una proposición inicial sobre la violencia política: cuando mayor la intensidad de privación, mayor la magnitud de la violencia.⁹

Resulta claro que el concepto marxista de "conciencia de clase" y la teoría no marxista de la "deprivación relativa" descansan sobre postulados fundamentalmente distintos. La conciencia de clase es derivada de las leyes del materialismo dialéctico, mientras que la deprivación relativa es un concepto más pragmático empleado para definir cualquier tipo de grupo descontento. El concepto de deprivación es independiente de la producción y de las relaciones de clase; el fenómeno a que alude se da bajo condiciones generales de "frustración", sin considerar si ésta deriva de factores económicos, sociales, políticos o culturales. En realidad, su acento reciente —en una dirección empírica— recae sobre subgrupos sociales menos privilegiados, como el de los negros en Estados Unidos.¹⁰ Sin embargo, dejando de lado las bases antagónicas de las dos teorías, resulta posible vincularlas, pues si se acepta que la "conciencia" tiene atributos psicológicos subjetivos (o sea, que se encuentra en la categoría de una percepción), entonces los factores intervinientes en la deprivación relativa (la "brecha" entre expectativas y capacidades) pueden ser consideradas como etapas en el camino hacia una conciencia de clase en sentido marxista, en la medida en que el grupo privado sea tratado como una *clase* (y no, por ejemplo, como un subgrupo "desviado", según lo haría la tradición normativa-funcionalista). Por lo tanto, los obreros, en un sistema capitalista de producción, pueden experimentar una deprivación relativa y actuar violentamente como resultado de ello, sin que el nivel de sus protestas percibidas alcance el punto de "conciencia". De esta manera, las manifestaciones de una deprivación percibida, en el seno de una clase trabajadora determinada, pueden considerarse ubicadas en un continuo cuyos polos son la "sumisión total" y la "conciencia de clase revolucionaria".

El propósito de este trabajo es describir los acontecimientos de la Semana Trágica en lo que a la huelga general y al "movimiento patriótico" se refieren, y examinar la utilidad de los conceptos

⁹ Ibid, pág. 9.

¹⁰ Véanse, por ejemplo, muchos de los ensayos aparecidos en *Riots and Rebellion. Civil Violence in the Urban Community*, LOUIS H. MASOTTI y DON R. BOWEN (eds.), Sege Publications Inc., Beverly Hills, California, 1968.

de privación relativa y de conciencia de clase para explicar lo ocurrido. Las dificultades que a nuestro juicio presentan estos enfoques teóricos nos llevan luego a sugerir otro mecanismo explicativo, centrado en la importancia de ciertos *sucesos desencadenantes*.

La principal dificultad en el uso adecuado de los conceptos de privación relativa y de conciencia de clase consisten en el significado preciso de las categorías psicológicas que tanto uno como otro emplean en forma algo simplista. Estos problemas no han sido superados por completo, pese a los adelantos recientes en el campo de la psicología social referidos al estudio de los impulsos básicos de la agresión en el individuo.¹¹ Pero, como señalara un autor, "la psicología social científica ha desarrollado hasta ahora un cuerpo teórico muy escaso para sistematizar los estudios de masas".¹² Aparentemente, el obstáculo principal se halla en las limitaciones de la teoría del proceso de comunicación que subyace a cualquier forma de acción colectiva, ya sea violenta o no. Esta dificultad aparece, por ejemplo, en la obra de Neil J. Smelser *Theory of Collective Behaviour*, una de las más amplias y abarcadoras en su género aparecidas hasta el presente, cuyos análisis no parecen haber ido mucho más lejos que una ejemplificación descriptiva.¹³ Un problema similar se da al considerar los procesos implicados en la transformación de las ideas en acciones, la relación entre la conciencia y la percepción, por una parte, y la conducta y la acción por otra. Nuevamente, se ha progresado bastante en lo que respecta al nivel individual, pero a nivel de masas —aunque el fenómeno que nos ocupa haya sido aislado y clasificado— los intentos de explicarlo plena y adecuadamente registran un escaso adelanto.¹⁴

Estas dificultades planteadas en el dominio de la psicología y de los procesos de comunicación implícitos en la conducta de las masas han sido en su mayor parte dejadas de lado para los propósitos presentes, como en verdad debe ocurrir en un análisis específico de este tipo, fundado empíricamente. En lugar de ello, se emplearon para tratar este problema determinadas categorías fa-

¹¹ *Ibid.*, págs. 16, 35 y 39-49; véase, también, el resumen de Gurr, ob. cit., págs. 30-37.

¹² JOHN W. McDAVID y HERBERT HARARI, *Social Psychology. Individuals, Groups, Societies*, Harper International Edition, Tokio, 1968, pág. 387.

¹³ NEIL J. SMELSER, *Theory of Collective Behaviour*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1962.

¹⁴ Si se desea una obra precursora en esta dirección véase MILTON ROKEACH, *The Nature of Attitudes*, reimpresión del vol. 1 de la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, The Open University, Social Sciences Foundation Course, Collier-Macmillan Limited, Londres, 1970.

miliares y de uso común. La distinción principal a tener en cuenta es entre el comportamiento basado afectivamente (o sea un comportamiento emocionalmente motivado) y el comportamiento basado cognitivamente (o sea el comportamiento racional, calculado, de tipo cerebral). Se abandonó cualquier intento de dar una definición ulterior del término "afectivo", principalmente porque el concepto todavía permanece confuso para los investigadores. Tomemos un ejemplo, quizá extremo. El "espíritu de carnaval", que es una categoría afectiva con frecuencia empleada para describir un estado de ánimo determinado, aparece definido por una de las fuentes consultadas como "una forma de patología caracterizada por la ruptura de los controles del superyó sobre los impulsos libidinosos... Presumiblemente tales sentimientos de 'libertad' y de 'gozo' resultan de la liberación de energía libidinosa anteriormente inhibida, liberación a través de un tipo de agresividad destructiva que fluctúa libremente".¹⁵ Parece dudoso que esto nos explique realmente algo.

En relación al aspecto cognitivo, se ha realizado una distinción analítica entre "actitudes" y "creencias". El primer término designa una predisposición subyacente, compartida por un grupo y derivada de influencias definibles de su experiencia de socialización, hacia una interpretación especial de un cierto fenómeno. La "actitud", según este criterio general, puede ser entonces igualmente definida como "prejuicio". "Creencia" designa una interpretación específica, cristalizada, de sucesos inmediatos; la "actitud" es el modelo cognoscitivo que subyace a la creencia. Dicho más simplemente, la "creencia" actúa como catalizador directo de la "acción" y la "conducta". Se dejan de lado los procesos que comprenden la conversión de creencias en "tendencias" y de éstas en "acción". Esto equivale a simplificar muchas las fuerzas psicológicas que determinan la conducta, pero el procedimiento resulta adecuado para los fines que perseguimos.

Volviendo al continuo postulado inicialmente: "Sumisión total" → "Conciencia de clase revolucionaria", el esquema recién esbozado nos permite la introducción de una cantidad adicional de variables. En particular puede hacerse una distinción entre "violencia basada afectivamente" y "violencia basada cognitivamente". Esta última, puesto que implica un mayor compromiso con metas específicas, puede ubicarse en el continuo más cerca del polo extremo "conciencia revolucionaria". El esquema puede ilustrarse así:

¹⁵ MASSOTTI, ob. cit., pág. 15.

Intensidad del sentimiento de protesta (de cualquier fuente) —→ (aumento)

Sumisión	Violencia A	Violencia B	Conciencia de clase
	Explosión afectiva (Tumultos desorganizados, etcétera)	Explosión cognitiva. (Acción coordinada: blancos y objetivos compartidos, liderazgo, especialización en funciones, etcétera)	Revolución clasista

Según se demostrará, en la Semana Trágica las pautas dominantes coinciden aproximadamente con las situaciones “violencia A” y “violencia B”. No obstante, antes haremos una breve investigación sobre la utilidad del modelo de privación relativa para explicar la violencia de masas.

LIMITACIONES DE LA UTILIDAD DEL MODELO DE DEPRIVACIÓN RELATIVA PARA EXPLICAR LA VIOLENCIA DE MASAS

Una característica del trabajo de Gurr sobre la violencia, sin considerar el contexto grupal o el tipo de violencia involucrada, es que en él se toma la “deprivación relativa” como única causa operacional de la violencia. Ello tiende a proporcionar al concepto un grado de vaguedad que a menudo linda con la ambigüedad. Por lo tanto, si bien Gurr distingue entre un conjunto de causas psicológicas de “agresión” (por ejemplo, agresión “instintiva” y agresión “aprendida”), su esquema interpretativo lo lleva a restringir el uso del término en el sentido de “agresión creada por la *frustración*” o “agresión creada por la *amenaza*”.¹⁶ A través de este énfasis, la violencia se explica en base al siguiente modelo:

Deprivación relativa → (se convierte en) frustración
(o amenaza) → (se convierte en) sentimientos de agresión → (se convierte en) violencia.

De esta manera sostiene Gurr:

Los mecanismos de frustración-agresión y los mecanismos vinculados de amenaza-agresión proporcionan así el enlace motivacional básico entre la deprivación relativa y el potencial para la violencia colectiva. No obstante, ellos no resultan in-

¹⁶ GURR, ob. cit., págs. 30-37.

compatibles con la presencia de elementos aprendidos e intencionales en los actos de violencia individual y colectiva... Pero gran parte de este aprendizaje tiene lugar después de que ya ha surgido la indignación; los individuos que son violentos desapasionadamente a menudo están empleando técnicas que se revelaron como útiles y satisfactorias en respuesta a frustraciones pasadas.¹⁷

Esto parece muy similar a decir que toda violencia está, en última instancia, motivada por la frustración y, según ello mismo, por la deprivación relativa. Pero como veremos, éste es un supuesto en alguna medida cuestionable cuando se lo aplica a la Semana Trágica, pues surge la posibilidad de que existan otras causas de violencia además de la frustración. Hablando en general el enfoque de la deprivación relativa resulta convincente cuando existe un conjunto de precondiciones definibles de violencia y de lucha civil latente en las que cualquier suceso determinado se ve envuelto. Con respecto a acontecimientos que tienen una causación más directa, ese enfoque es menos convincente, principalmente porque exige una condición previa de frustración al comienzo de cada acción. El presente estudio intenta ir algo más allá, mediante el examen de la situación general y de los factores "desencadenantes" de la acción analizada. Nuestro propósito será ver si es que la acción puede derivarse de la "frustración" o de la "amenaza", y por consiguiente de la deprivación relativa, o si es que más bien ella puede atribuirse a factores inmediatos, más accidentales, como por ejemplo un simple evento "desencadenante". Al considerar el rol del evento desencadenante, Gurr señala que la mayoría de las interpretaciones sociológicas al respecto le parecen "triviales" y que por lo tanto las examinará sólo "al pasar".¹⁸ Ciertamente es que la posición de Gurr está apoyada por una buena cantidad de datos concretos. Así, por ejemplo, los informes sobre los tumultos negros de la década del 60, elaborados por la United States Riot Commission, opinan que rara vez la violencia fue una consecuencia de un incidente precipitador único (es decir, factores desencadenantes), sino que seguía a una serie de incidentes de extrema tensión producidos a lo largo de un período considerable.¹⁹ Sin embargo, nuestro estudio de la situación durante la Semana Trágica nos lleva, para ese caso, a una conclusión opues-

¹⁷ *Ibid.*, pág. 36.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 12.

¹⁹ *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Bantam Books, 1968, pág. 6.

ta. Como se verá, el “desencadenante” jugó un papel importante en ese proceso argentino, y una tipología de la violencia de masas debe incluir un lugar para él, introduciendo quizás una nueva variable en los diagramas arriba esbozados.

Un problema ulterior no tratado satisfactoriamente por Gurr es el relacionado con la posibilidad de que para cada acción puedan existir modelos causales distintos, apropiados a la participación de los diferentes subgrupos dentro de la totalidad de los actores participantes. Gurr reconoce este problema:

Idealmente sería posible observar manifestaciones de tal proceso (es decir, “frustración”, “descontento”, “movilización revolucionaria”), tanto al macronivel de la totalidad de un sistema social... como al nivel de la comunidad local, y de grupos pequeños enfrentados. Los fenómenos de los pequeños grupos probablemente no se asemejan a los descritos por un modelo de macrofenómenos, sin embargo sería posible identificar las interacciones de los pequeños grupos y las conductas de los individuos comprendidos en los macrosucesos. Si bien esta traducibilidad no puede ser alcanzada directamente, al menos los macrofenómenos postulados en teoría deben ser compatibles con lo que se conoce acerca de los microfenómenos.²⁰

Sin embargo, el problema reside en si el enfoque de la deprivación relativa es capaz de cumplir esto o si es demasiado estrecho para un bloque único y homogéneo de condiciones y causas, aplicado sin distinciones para la totalidad de los actores de cada situación. Resulta evidente que esto es lo que en realidad Gurr está obligado a hacer:

La deprivación relativa es tratada convencionalmente como una variable social... El efecto de estas variables sobre las colectividades es interpretado en *términos estadísticos* (el subrayado es nuestro): cuando mayor es el grado *promedio* (subrayado también nuestro) de discrepancia entre las expectativas y las capacidades de valor entre los miembros de un grupo... mayor la intensidad promedio de su deprivación relativa.²¹

Parecería entonces que, a los efectos prácticos, se ha perdido la distinción del microgrupo y que la deprivación relativa va a

²⁰ GURR, ob. cit., pág. 20.

²¹ Ibid, pág. 322.

ser aplicada "estadísticamente" o "según promedio" a todos los miembros del grupo, sin una real consideración de la posibilidad de autonomía subgrupal dentro de cada macroacción. Sin embargo, es muy posible que la violencia surja de tipos de privación muy diferentes o que los factores de privación estén enlazados con otros, según el subgrupo o el micronivel. Una de las ventajas del análisis empírico detallado es investigar esta posibilidad. Puede señalarse al pasar que los escritores marxistas han reconocido asimismo el problema mencionado, y la utilidad de un análisis separado de grupos ha sido sugerida por Jean-Paul Sartre, al examinar la movilización de clase:

... no me parece que uno pueda hablar de espontaneidad de clase; (el concepto de espontaneidad) sólo sería adecuado con respecto a grupos producidos por las circunstancias, creados en el curso de situaciones particulares; al crearse a sí mismos, ellos no redescubren ningún tipo de espontaneidad subyacente, sino que más bien experimentan una condición específica sobre la base de *situaciones específicas de explotación y de demandas particulares* (el subrayado es nuestro).²²

Otro de los objetivos de este trabajo es pues examinar la posibilidad de que existan causas separadas para los diferentes subgrupos de actores.

Por último, con respecto al aspecto teórico, el trabajo intenta evaluar nuevamente la validez del concepto de privación relativa bajo condiciones donde la acción no se debe a factores impuestos estructuralmente y que crean la privación objetiva (es decir, carencia concreta), sino que resulta de factores de conducta tales como el "prejuicio" y la "creencia". Esto es particularmente importante en la segunda acción destacada de la Semana Trágica, el "movimiento patriótico".* Como se ha visto, al integrar tales fenómenos en su esquema, Gurr recurre al concepto de "agresión por amenaza" y posteriormente emplea términos como privación "imaginaria" y anticipada.²³ Esto equivale a sustituir un enfoque basado en condiciones externas de la situación de los actores (lo que en verdad sugiere el concepto de privación) por otro basado

²² JEAN PAUL SARTRE, *Masses, Spontaneity, Party*, en RALPH MILBAND y JOHN SAVILLE (eds.), *The Socialist Register*, 1970, pág. 234.

* El autor hace referencia al movimiento que durante las jornadas siguientes a la huelga general del 9 de enero se denominó "Guardia Cívica" y que a partir del 20 del mismo mes se constituyó en organización política, con el nombre de "Liga Patriótica Argentina" (*N. de la R.*).

²³ GURR, ob. cit., págs. 201-202.

exclusivamente en la perspectiva psicológica. Es asimismo imponer un enlace de alguna manera artificial entre "imaginación" y "anticipación", por una parte, y las "condiciones reales", por la otra. Aquí el intento será sugerir un esquema opcional sobre la base de categorías de comportamiento, tales como actitudes, creencias, etcétera. Esto puede vincularse con las categorías generales de percepción descritas anteriormente, a saber, los tipos de percepción afectiva y cognitiva. Además, en este contexto puede ser confrontado, en cuanto a su validez, el concepto de privación relativa con el de "conciencia de clase", de extracción marxista.

LOS ACONTECIMIENTOS SOBRESALIENTES DE LA SEMANA TRÁGICA

Para proporcionar un esquema dentro del cual pueda llevarse a cabo el análisis interpretativo resulta necesario primero relatar los acontecimientos sobresalientes del episodio que nos ocupa. Este se basa principalmente en fuentes de archivos y diarios. Aunque gran parte de estas pruebas sean parciales y tendenciosas, los aspectos del episodio que son analizados descansan sobre una información cuidadosamente corroborada.²⁴ De este resumen se excluye cualquier consideración sobre el papel del gobierno nacional en la acción que tuvo lugar.

La crisis comenzó como una huelga general de los trabajadores industriales en la ciudad de Buenos Aires, el 9 de enero de 1919. La precedían dos días de choques entre miembros de las fuerzas policiales de la ciudad y huelguistas de la gran compañía metalúrgica Pedro Vasena e Hijos Limitada, situada en el suburbio obrero de Nueva Pompeya, en el extremo sur de la ciudad. En una batalla a tiros hubo cuatro casos con heridas fatales, todos ellos de habitantes de las casas de madera y zinc de las inmediaciones.

El 8 de enero aparecieron en los diarios de la ciudad detallados informes de lo que había ocurrido. En la prensa de la clase obrera se habló de asistir a la procesión fúnebre programada para el día siguiente. El 9 del mismo mes esas publicaciones contenían declaraciones de sindicatos y de grupos políticos en el sentido de que irían al funeral sus delegaciones. Sin embargo, había muy pocas declaraciones de huelga, excepto entre un conjunto de

²⁴ Esta explicación constituye una versión resumida de la que aparece en el trabajo de tesis citado, *Radicalism and the Urban Working Classes*, donde se hallará una bibliografía completa y fuentes de referencia. Un equilibrado examen del mismo tema se encontrará en NICOLÁS BABINI, "La Semana Trágica", artículo incluido en *Todo es Historia*, año 1, núm. 5, setiembre de 1987.

los sindicatos anarquistas, de intensa militancia. La más notable de estas organizaciones era la más pequeña de las dos federaciones sindicales, la Federación Obrera Regional Argentina del Quinto Congreso. La federación sindical más grande y más importante (llamada simplemente Federación Obrera Regional Argentina o FORA) no declaró una acción de huelga, limitándose a dar a conocer una nota de protesta.

A pesar de eso, por la mañana del día 9, casi la totalidad de la fuerza obrera industrial, juntamente con miembros de los sectores de servicio y transporte, fueron a la huelga. Una gran cantidad de hombres comenzó a converger hacia Nueva Pompeya desde los suburbios de los alrededores, sin ser molestados por la policía, que permaneció en sus destacamentos a la espera de órdenes oficiales. Ya avanzada la mañana grupos de huelguistas se movilizaron desde Nueva Pompeya para procurar el logro de un paro total. Esto se realizó casi en todos los casos de manera pacífica; sólo en ciertos lugares fueron incendiados algunos tranvías. En una o dos de las estaciones de tranvías se vio enarbolada la bandera roja.

Al mismo tiempo algunos de los hombres del establecimiento Vasena se concentraron alrededor de las oficinas de la compañía, donde se llevaba a cabo una reunión de sus directivos. Después de un fallido intento de parlamentar, los huelguistas comenzaron a apedrear el edificio, dejando encerrados a los directivos dentro. Jóvenes de la vecindad se unieron a los huelguistas y en un corto lapso los atacantes fueron alrededor de un centenar. Desde las oficinas el cuerpo de guardias a sueldo comenzó a devolver el ataque con armas de fuego; esto condujo a una lucha a tiros entre los dos bandos, habiendo los huelguistas levantado barricadas. Los funcionarios de la compañía no fueron rescatados hasta el fin de la tarde, cuando llegaron al lugar fuerzas armadas equipadas con ametralladoras. Los sitiadores fueron dispersados rápidamente por la fuerza, informándose de varias muertes.

Previamente había tenido lugar la procesión fúnebre. A la cabeza de la columna había alrededor de 150 hombres y jóvenes, quienes venían de los locales sindicales de los trabajadores de Vasena, cercanos a la fábrica. Algunos llevaban armas ocultas, saqueadas en armerías locales, mientras otros cargaban los ataúdes de tres de las víctimas. Detrás iba un grupo de gente desarmada con el cuarto ataúd, que había sido sacado del centro local del Partido Socialista. A medida que la columna se desplazaba hacia el norte, hacia el cementerio municipal de la Chacarita, delegados de otros sindicatos y de organizaciones socialistas se unieron a ella marchando detrás. Al final de la columna y entremezclados con

ellos iba una gran masa de huelguistas. En total eran unos cinco o seis mil hombres, pero muchos eran espectadores ocasionales. A lo largo del camino se dieron una serie de incidentes violentos, todos ellos suscitados por el grupo que encabezaba la columna y que había partido de los locales sindicales de los hombres del establecimiento Vasena: fueron volcados e incendiados automóviles, se registró un orfanato dirigido por curas, se incendió una estación de tranvías y se realizó un fugaz asalto a un destacamento policial. La columna no llegó hasta la Chacarita antes del fin de la tarde. Allí se encontró con un contingente de las fuerzas de seguridad y de ciudadanos armados. Los cincuenta hombres que marchaban delante se separaron de los demás. Mientras quienes los seguían comenzaban a dispersarse, el primer grupo fue atacado por la policía, registrándose alrededor de una veintena de muertos.

La resistencia a la huelga había comenzado con la súbita llegada a la ciudad de fuerzas armadas de la guarnición militar de Campo de Mayo. Estas estaban comandadas por el general Luis F. Dellepiane, quien fue el responsable de la decisión inicial de oponerse a la huelga y romper las concentraciones de trabajadores. Al mismo tiempo desplegó sus tropas por la ciudad para proteger las instalaciones claves. Después de esto, sin embargo, las tropas tuvieron poca intervención en los actos de violencia que siguieron.

Mientras se llevaba a cabo la huelga general toda la fuerza policial estaba paralizada, en parte debido a las órdenes recibidas del gobierno y en parte debido al temor o al pánico. Se había generalizado la creencia de que estaba estallando una revolución bolchevique. El 9 de enero el sistema de comunicación policial totalmente arruinado, los rumores y los falsos informes contribuyeron a que se recibiera una impresión muy exagerada de lo que estaba ocurriendo. En todas partes existían pruebas de fácil confusión entre los sospechosos de realizar una conspiración bolchevique y el pretendido rol jugado por los anarquistas en los sucesos del día. A lo largo de la noche la convicción de que se estaba ante una subversión organizada ganó fundamento, a medida que gran número de los destacamentos policiales locales informaban de emboscadas importantes llevadas a cabo por bandas de trabajadores. No obstante, en todos los casos verificables, estos informes se revelaron como falsos; eran el producto de una creciente histeria.

Al día siguiente, la violencia por parte de los huelguistas se había apaciguado en su mayor parte, aunque la policía continuó pretendiendo que todavía se realizaban ataques contra ella. No existieron asimismo manifestaciones sindicales de cierta importancia y no hubo en absoluto la impresión de que se hicieran in-

tentos de controlar o coordinar la resistencia de los huelguistas, inclusive por parte de los anarquistas. Los tranviarios surgieron como los defensores más obstinados de la huelga e impidieron los intentos de restaurar los servicios de transporte de la ciudad. En cualquier parte bandas de jóvenes continuaron quemando coches, pero la totalidad de los trabajadores industriales permaneció dentro de sus propios vecindarios. Se dijo que prevalecía una atmósfera de "carnaval". Hubo choques ocasionales con las patrullas militares y policiales, más por motivos de autodefensa que por otra cosa. Aquí y allá aparecieron endebles barricadas para evitar el movimiento de los tranvías.

Desde ese momento en adelante, el centro principal de actividad estuvo fuera de las áreas centrales de la clase obrera, existiendo pruebas de una rápida y coherente movilización de civiles contra la huelga. Ciudadanos armados, en número considerable, comenzaron a acompañar las patrullas policiales y esto se incrementó considerablemente en los días siguientes. Fueron muchos los casos de invasión de domicilios privados realizados por civiles o policías, informándose a menudo de que se ejerció violencia contra sus ocupantes.

Ya por la mañana del 10 de enero podía observarse concentraciones de grupos no pertenecientes a la clase obrera en las calles céntricas de la ciudad. La más importante fue una manifestación en la Plaza del Congreso compuesta por afiliados del Partido Radical, entonces en el gobierno. Allí los congresales del partido denunciaron la huelga, pretendiendo que ella formaba parte de un complot revolucionario bolchevique cuyo propósito era derribar el gobierno. En todas partes y en todos los casos se exigió una respuesta "patriótica" y la eliminación de los "agitadores extranjeros". Estos reclamos fueron ampliados en declaraciones oficiales e integrantes conservadores de la oposición realizaron en el Congreso observaciones en el mismo sentido. Por toda la ciudad, la policía comenzó a practicar arrestos al azar entre los transeúntes, formulándoles cargos como "anarquistas", "extremistas" o "agentes rusos".

El 11 de enero trajo los primeros signos de un retorno a la normalidad. La única actividad registrada entre los huelguistas fueron los ataques a almacenes como respuesta a la aguda escasez de comida. Los "patriotas", sin embargo, comenzaron a lograr una coordinada organización. En barrios de la clase media y alta se establecieron "comités de defensa" en los destacamentos policiales, compuestos por residentes de alto status. Desde allí comenzó la distribución de armas y la organización de patrullas. Brigadas ar-

madras paramilitares, que empleaban para movilizarse automóviles privados, fueron integradas por los miembros más jóvenes de familias de la elite. El foco principal de sus actividades no estaba constituido por los barrios obreros, o por Nueva Pompeya, sino más bien por las zonas céntricas de la ciudad y en particular la zona de Villa Crespo, el principal sector de residencia de la población ruso-judía. Sus ataques fueron instigados y coordinados por algunos miembros de las Fuerzas Armadas de alto rango, quienes se reunían diariamente en el aristocrático Club Naval. Desde allí se urgió a las patrullas policiales y civiles "a cazar esos rusos y catalanes".

El 12 de enero la policía anunció que había descubierto la célula bolchevique responsable del complot revolucionario. Aunque se demostró que esta acusación era completamente infundada, la campaña para arrestar a los rusos y a los catalanes recibió nuevos impulsos. Respondiendo al llamado del Club Naval para establecer una guardia civil, la comunidad empresaria donó grandes sumas.

El 13 de enero la policía mantenía detenidas a más de 2.000 personas, más de la mitad rusos y un gran número de catalanes. El signo pertinaz de la huelga era una moderada escasez de taxis; en todas partes (con excepción de la planta Vasena) se había reanudado el trabajo, siendo la mañana del lunes. Sin embargo, las actividades de las patrullas policiales y civiles sólo se calmarían dos días después. El 16 de enero las tropas volvieron a su guarnición de Campo de Mayo. Gradualmente, los detenidos por la policía, en su mayoría abrumadora de muy pobre condición, fueron liberados sin cargos. Pese a los rumores ulteriores, no hubo más violencia en adelante. Los acontecimientos de la semana arrojaron un saldo de 200 muertos, a pesar de que la policía misma había declarado que únicamente hubo dos policías muertos en el mismo período.

LA ESTRUCTURA ANALÍTICA DEL PRESENTE TRABAJO

Al examinar la lucha de clases y la violencia civil de la Semana Trágica hay dos temas principales por ser discutidos: la huelga general (del 9 y el 10 de enero) y el "movimiento patriótico", que surgió como respuesta a ella (del 10 al 16 de enero). El análisis de este artículo se centra sobre la etapa de la huelga general, de la cual se proporciona primero una descripción completa y se definen sus diversas características. Luego se encara el pro-

blema de la explicación y de las causas. Esta ubicación quizá des-acostumbrada de las "causas" después de los "resultados" tiene por objeto poner en claro cuáles son los problemas a explicar, evitando así que se busquen explicaciones para acciones que no han ocurrido. Mediante este procedimiento resulta más fácil llegar a una clara concepción previa de cada uno de los fenómenos de masas en cuestión.

Para facilitar la definición de cada movimiento se han adoptado las siguientes categorías:

- 1) El estilo del proceso de activación y movilización de masas: ya sea "espontáneo" o "gradual y predecible".
- 2) El liderazgo definible y el grado de coordinación dentro de cada acción.
- 3) La duración de la movilización.
- 4) Los participantes: su número y sus afiliaciones subgrupales.
- 5) El grado de coherencia ideológica presente en cada acción: la medida en que los participantes compartieron un motivo común e invocaron justificaciones comunes de sus acciones; la medida en que compartieron un conjunto de blancos y objetivos comunes; el tipo de conducta que se dio (tendiente a la conducta afectiva o cognitiva); y en el caso de una conducta encuadrada cognitivamente, las relaciones y los orígenes de las actitudes y creencias.

LA HUELGA GENERAL: SUS ALCANCES Y LA ESTRUCTURA DE LA ACCIÓN

1) *Espontaneidad*

Como lo revela claramente un breve resumen de la Semana Trágica en su conjunto, la huelga general se desarrolló como un movimiento con apoyo de masas, del cual existieron pocas señales explícitas que hicieran preverlo. A partir de la acción central del 9 de enero fue evidente que el movimiento era una expresión de protesta contra la policía y una señal de respeto hacia las víctimas del choque en la planta de Vasena, ocurrido dos días antes. En sí misma la huelga se desarrolló luego del abandono masivo de los establecimientos industriales cercanos a la fábrica Vasena; aunque existen algunos informes de la existencia de "comités de huelga" activos en esa parte de la ciudad, la evaluación de las pruebas

sugiere que la decisión de realizar la huelga provino de los propios hombres de cada establecimiento por separado.²⁵

Este tipo de acción espontánea, desorganizada, de pequeños grupos, fue una característica dominante de la huelga y de sus participantes durante la corta y activa vida del movimiento. Ello sugiere también que el motivo principal de la acción fue un sentimiento creciente de indignación y que esto eclipsó, ante las circunstancias prevalecientes, pautas de conducta racionales y encuadradas cognitivamente. Lo antedicho también se refleja en los estallidos de violencia que tuvieron lugar el 9 y el 10 de enero, los cuales dan la impresión de ser impulsos transitorios de grupos integrantes de un microcosmos entre los sostenedores masivos de la huelga. Una excepción a esto fueron los tranviarios de la ciudad.

Existen pruebas de que en ese ámbito se dio un intento de aprovechar la confusión generada por la huelga para presionar en pro de demandas particulares no relacionadas con los problemas creados por el asunto Vasena. Una fuente señala como fecha de la formación del sindicato de tranviarios el 10 de enero de 1919.²⁶ Ciertamente después de esa fecha (cuando en realidad fracasó la huelga general), éste fue el único grupo que se mantuvo casi solo como defensor del paro, hasta que su resistencia fue eliminada por las patrullas militares. Pero más adelante la agitación entre los tranviarios continuó en forma intermitente hasta el mes de junio de 1919.²⁷ Por otra parte, la huelga no estuvo acompañada no obstante por el afloramiento de demandas y objetivos claros que fueran más allá de las circunstancias inmediatas.

2) *Liderazgo y coordinación*

Antes del estallido de la huelga en muchos cuarteles corrieron fuertes rumores de que existía un complot revolucionario inminente, organizado por simpatizantes de los levantamientos comunistas europeos. Sin embargo, esta sospecha puede ser categórica e inmediatamente desmentida por carecer totalmente de fundamento. No hay pruebas de la presencia de "bolcheviques" (o "maximalistas", como se los denominaba popularmente en esa época), ya sea entre la población residente o entre cualquiera de los extranjeros recientemente llegados al país. Investigaciones poste-

²⁵ Esta es la impresión recibida de los informes periodísticos. Entrevistas personales (realizadas en 1969) con sobrevivientes del episodio proporcionaron alguna confirmación de estos hechos.

²⁶ Véase Alfredo Fernández, *El movimiento obrero en la Argentina*, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1965, págs. 6-7.

²⁷ Cf. informes periodísticos; febrero-agosto de 1919.

riores revelaron que sólo dos defensores del gobierno revolucionario ruso habían llegado a la Argentina desde el armisticio y que éstos partieron prontamente para Chile, habiendo fracasado en su intento por despertar la menor respuesta en la comunidad rusa de residentes.²⁸ El único apoyo sin reservas de la Revolución Rusa provenía de un periódico clandestino, *Bandera Roja*, que había comenzado a aparecer poco antes. Los anarquistas, sindicalistas y socialistas se mostraron mucho más divididos sobre el tema. No existen pruebas, empero, de que los redactores y distribuidores de *Bandera Roja* se dedicaran a actividades que no fueran las de propaganda.²⁹

De las facciones principales —anarquistas, sindicalistas y socialistas— que pretendían conducir la clase obrera de Buenos Aires y que se hallaban por lo tanto en una posición potencial de tomar a su cargo el liderazgo y la organización de la huelga general, los socialistas pueden ser inmediatamente excluidos. Por sus declaraciones y acciones durante la crisis, los dirigentes socialistas se mostraron carentes del nervio y el deseo necesarios para una transformación de ese tipo; además el partido en su conjunto estaba comprometido con el gobierno constitucional y rechazó como una cuestión de principio cualquier recurso de acción violenta. Durante la crisis, los comentarios de *La Vanguardia*, órgano oficial del Partido Socialista, revelaron que los miembros parlamentarios del partido quedaron estupefactos por la rapidez de los acontecimientos y por la manera en que fueron ignorados sus llamados a la calma. Su único papel en el episodio fue dar a conocer enérgicas condenas de las actividades del “movimiento patriótico” y conducir la defensa de los detenidos por la policía en la segunda mitad de la semana.

En 1919 el representante más poderoso de la clase obrera organizada era la FORA, dirigida por sindicalistas. Pocos días antes, a fines de diciembre de 1918, la federación realizó su décimo congreso, donde fueron aceptadas las resoluciones de evitar el recurso de la huelga general y de abandonar el compromiso con la revolución, en favor de movimientos parciales para obtener beneficios económicos limitados.³⁰ El fruto inmediato de esta estra-

²⁸ Cf. *La Nación*, 13/1/19.

²⁹ Existen actualmente muy pocos ejemplares de *Bandera Roja* como para verificar plenamente esta afirmación, pero ella fue la opinión de todos los otros comentaristas de los asuntos sindicales. En los archivos del London Public Record Office, FO. 371-3503, puede hallarse un ejemplar de *Bandera Roja*.

³⁰ En Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, Ed. Lacio, Bs. As., 1961, vol. II, págs. 229-239, se encontrará un facsímil de las resoluciones sindicalistas.

tegia fue la importante huelga que se desarrolló a comienzos de 1919 entre los estibadores y los marineros costeros del puerto del Riachuelo. Pese a los rumores de que ese movimiento formaba parte de un plan de huelga general, el sindicato interviniente, la Federación Obrera Marítima (FOM), intentó el paro sin que los reclamos de los hombres directamente implicados fueran más allá de las compañías locales, de cabotaje y de ultramar.³¹ Después de la Semana Trágica esta huelga continuó sin interrupción, bastante divorciada de las principales acciones que tenían lugar en la ciudad.

Con respecto a las noticias del choque en el establecimiento de Vasena del 7 de enero, la FORA sindicalista no adoptó ninguna acción concreta; fue evidente que los dirigentes de la federación estaban ocupados solamente de la huelga portuaria y no estaban dispuestos a emprender una acción en otros ámbitos, lo cual podría alinear al gobierno del lado de los empleadores del puerto. Además, su interés en el destino de los hombres de Vasena era mínimo, pues el sindicato de éstos últimos mantenía vinculaciones con los anarquistas. Cuando se desarrolló la huelga general el 9 de febrero, la jerarquía sindicalista fue tan sorprendida como cualquiera por la rapidez de los sucesos y por la movilización espontánea de la fuerza obrera industrial. Hasta el día siguiente no pudieron reunir el quórum de delegados a fin de discutir el asunto. No existen pruebas de que en reunión se manifestaran opiniones divididas sobre la acción a adoptar, pero finalmente se acordó que la federación debía declararse "responsable" de la huelga y establecer condiciones para la negociación con las autoridades.³² Aun así, los esfuerzos para alcanzar el control del movimiento fracasaron humillantemente, como también ocurrió con los intentos de poner fin a los estallidos menores de violencia, incluidos los incendios premeditados, que continuaban todavía registrándose en la ciudad. Pese a haber iniciado negociaciones con autoridades del gobierno, la federación permaneció a lo largo de la crisis completamente alejada de los principales centros de acción, y cuando el 13 de enero fue concertada una fórmula para dar fin al movimiento, ésta no hizo sino formalizar una situación ya dada, puesto que en ese momento ya habían fracasado todos los intentos y propósitos de la huelga general.

³¹ Si se desea un análisis de esta huelga consúltese *Radicalism and the Urban Working Classes*, ob. cit., cap. VI.

³² La conducta de los sindicalistas puede ser verificada mediante la referencia a su diario *La Organización Obrera*, de enero de 1919. (La biblioteca de la CGT, en Buenos Aires, ha conservado algunos ejemplares.)

Los anarquistas jugaron un papel algo más ambiguo en la serie de acontecimientos que los socialistas y sindicalistas. Como se ha señalado, el sindicato de los hombres del establecimiento Vasena formaba parte de una federación metalúrgica anarquista, que a su vez tenía vinculaciones con la FORA del Quinto Congreso. Sin embargo, esta vinculación era extremadamente tenue y reflejaba el desarraigo en el cual había caído todo el movimiento anarquista en la Argentina.³³ Cuando comenzó la huelga de Vasena a principios de diciembre de 1918, el órgano anarquista de Buenos Aires, *La Protesta*, no manifestó un interés particular en ella o en el destino de sus protagonistas; su preocupación predominante en ese momento y en las semanas siguientes era un choque que había ocurrido a fines de noviembre entre la policía y un grupo de militantes anarquistas, después de una manifestación de protesta contra la embajada chilena provocada por la extradición desde ese país del fugitivo terrorista anarquista Simón Radowsky. Entre el fin de noviembre y la segunda semana de enero, todos los esfuerzos de *La Protesta* estuvieron puestos en fomentar una huelga general masiva para vengar a Radowsky y a las víctimas de la manifestación de protesta. No fue sino hasta el 8 y el 9 de enero que prestaron una atención seria a la huelga de Vasena y esto derivaba exclusivamente de la refriega del día 7, la cual proporcionó un pretexto nuevo y más inmediato para convocar a la acción. En su edición del 8 de enero, *La Protesta* anunció que la FORA anarquista había declarado una huelga general en homenaje a las víctimas de la acción policial del día anterior. Pero fue significativo que ese día se ignorase el llamado a la huelga (como lo había sido anteriormente, desde el *affaire* Radowsky): la huelga general no se dio el 8 de enero, sino el 9.

Todo esto sugiere que los anarquistas, como sus rivales sindicalistas y socialistas, no fueron de ninguna manera los promotores de la huelga general, y con respecto a los sucesos del 9 y 10 de enero no existen índices de que los anarquistas hayan jugado algún papel directo. En el cortejo fúnebre su federación estaba representada por una pequeña delegación, que no formaba parte de la vanguardia de la columna, lugar de donde surgieron los principales incidentes violentos. Después de esto los dirigentes anarquistas desaparecieron casi completamente de escena y *La Protesta* fue cerrada por la policía el 11 de enero. Sólo hubo un momento durante toda la acción en que los anarquistas pudieron

³³ No existe ningún estudio especializado dedicado a la declinación del anarquismo en ese momento, aunque se pueden hallar datos que corroboran esta afirmación en *Radicalism and the Urban Working Classes*, caps. IV, V y VI.

haber tenido alguna influencia en la conducción de los sucesos. Ese momento fue el de la mañana del 9 de enero, cuando *La Protesta* sacó un estridente llamado a las armas y denunció la inactividad de los trabajadores el día anterior. Si bien es imposible medir el efecto de ese artículo, su lenguaje altamente cargado concuerda con el estilo de la acción que ocurrió posteriormente:

El pueblo de Buenos Aires sigue quieto. El horror se ha evaporado y por parte del pueblo no hay ni siquiera un gesto de indignación, ni una insinuación de protesta. ¿Dónde han estado enterrados los hombres superiores, valientes, dignos, que dejaron de actuar solidariamente después del monstruoso asesinato de los huelguistas del burgués Vasena, de manera que nosotros podamos ir y desenterrarlos y reclutar su fuer-viril? ³⁴

Más allá de la cuestionable influencia de este tipo de incitación anarquista, fue manifiesto que ninguna de las facciones dirigentes reconocidas de la clase obrera desempeñó una parte significativa en la organización de la huelga, en su liderazgo o conducción. En realidad esas fueron las cualidades de las que careció más notablemente el movimiento: no hubo una conformación, un plan, una serie de objetivos, una cadena de comando articulada y coordinada. Esto se reflejó en el estilo de la acción, en su incoherencia y en su tipo de agitación, tumultuosa y sin timón. La huelga fue ante todo un estallido de emoción masiva, engendrado principalmente por el antagonismo contra la policía, y no el resultado de una agitación consciente organizada. Además del editorial de *La Protesta* del 9 de enero no existieron ejemplos de incitaciones políticas directas. Se registraron sólo incitaciones al desorden a través del ejemplo individual y manifiesto en el incendio de vehículos y el saqueo de armerías. El hecho de que la huelga haya presentado estas características proporciona fuertes indicios de la relativa debilidad, en el año 1919, del movimiento sindical organizado. Fue evidente que entre los dirigentes de los sindicatos y los integrantes de la masa existió una carencia considerable de comunicación y un conflicto en cuanto a orientación y estrategia, como se refleja en el estrepitoso fracaso de todo control sobre la huelga desde el comienzo.

³⁴ *La Protesta*, 9/1/19.

3) *La duración de la movilización en la huelga*

El apoyo activo de la huelga fue más destacado el 9 y el 10 de enero; el lunes 13 el conjunto principal de sus defensores había retornado al trabajo. Por lo tanto, la duración de la movilización fue extremadamente corta y esto constituye en sí mismo otro comentario sobre la incoherencia esencial del movimiento así como de su cualidad primaria, en tanto estallido emocional incapaz de mantener su impulso mediante la fuerza que otorga el compromiso compartido. El 9 de enero, el apoyo activo de la huelga fue mantenido en gran parte por los focos de tumulto que aparecieron: la quema de vehículos y la posibilidad de participar en el cortejo fúnebre. En todos los barrios lo distintivo de la acción fue una nota de salvaje abandono de sí mismo, que a menudo lindó con el delirio:

... Pude ver que un grupo de alborotadores había detenido un ómnibus y estaba obligando a sus pasajeros a abandonar el vehículo... Observé cómo rociaban el interior con líquido de unas botellas que llevaban... y cómo al instante todo estaba cubierto por las llamas... Era un espectáculo que enfurecía, no tanto por la quema misma, sino por la locura histérica de los autores del hecho, sus saltos de gozo salvaje y sus gritos de pasión desatada.³⁵

Con respecto al 10 de enero —día ya mucho más tranquilo— los observadores que visitaron los barrios de clase obrera señalaron con frecuencia el “espíritu de carnaval” que prevalecía. Este clima constituye un acompañamiento extremadamente común de las situaciones de desorden que se distinguen por su contenido altamente afectivo.³⁶ Pero esta atmósfera de júbilo popular también era un fenómeno transitorio. Con la circulación de patrullas militares por toda la ciudad, las posibilidades de perpetrar pequeños incendios y realizar celebraciones callejeras desaparecieron rápidamente. Más adelante, o sea durante los días restantes de la

³⁵ ANGEL CARRASCO, *Lo que yo vi desde el 80*, Ed. Procmo, Bs. As., 1947, pág. 195.

³⁶ Pueden hallarse ejemplos en *National Advisory Commission on Civil Disorders*, ob. cit., pág. 4; *Rights in Conflict. The violent confrontation of demonstrators and police in the parks and streets of Chicago during the week of the Democratic National Convention of 1968*, Bantam Books, 1968, pág. 4; ROSA LUXEMBURGO, *The Mass Strike, the Political Party and the Trade Unions*, The Merlin Press, Londres, págs. 26-27; DAVID MITCHEL, *1919, Red Mirage*, Jonathan Cape, Londres, 1970, pág. 52.

crisis, el estado de ánimo dominante pasó a ser el del temor a la represión, el de la desilusión y de la pasividad acobardada.

4) *Los participantes*

Los participantes de la huelga son susceptibles de ser agrupados inicialmente en dos grupos principales: el de militantes violentos y el de partidarios de la huelga no violentos. Dentro de la primera clasificación podemos distinguir los siguientes grupos:

- a) aquellos que sitiaron las oficinas de la empresa Vasena el 9 de enero;
- b) la vanguardia de la columna fúnebre;
- c) los que intervinieron en el incendio de vehículos y tranvías durante el 9 y el 10 de enero.

Entre los partidarios no violentos de la huelga, la abrumadora mayoría estaba constituida por obreros industriales de Nueva Pompeya y de las áreas aledañas.

Entre los militantes violentos, los informes mencionan los siguientes subgrupos como participantes de la acción:

1) Quienes sitiaron las oficinas de Vasena. Allí el ataque fue obra de algunos de los propios hombres de la fábrica junto con jóvenes surgidos de la población local. Ellos fueron responsables de los intentos de apedrear el edificio durante la mañana. Luego los hombres de Vasena comenzaron a usar armas de fuego en represalia por una acción similar de los guardias privados de la gerencia, que estaban dentro del edificio.

2) La vanguardia del cortejo fúnebre. Aunque no existe una información explícita sobre la identidad de este grupo, puede suponerse claramente su composición:

- a) las familias, vecinos y amigos de las víctimas del 7 de enero;
- b) obreros de la fábrica Vasena; se informó que quienes encabezaban la columna habían partido de los locales del sindicato de los hombres de Vasena;
- c) miembros de la federación metalúrgica a la cual estaban afiliados los trabajadores de Vasena. Entre ellos probablemente había un grupo de tendencia anarquista, que estaba vinculado con el sindicato metalúrgico, pero no directamente con la FORA anarquista. Por otra parte, no debe exagerarse la posible presencia de "anarquistas".

Ellos no fueron de ninguna manera los dirigentes de la rebelión y su participación en las acciones no se diferencié de los demás actores del grupo;

- d) "vagos" y barras de muchachos del barrio. Con respecto a los ataques a las oficinas de la compañía, los informes destacan con frecuencia la presencia de grupos de jóvenes que "ayudaron a los huelguistas" en los casos de violencia.

3) Incendiarios y "pandillas sueltas" en la ciudad. Nuevamente los relatos destacan el predominio de hombres jóvenes en las acciones de este tipo. Aparte de ellos, el otro único grupo definible fue un sector de empleados tranviarios, quienes —como se ha visto— fueron impulsados por motivos distintos a los del resto de los huelguistas.

Tomando las pruebas en conjunto, se llega a que los participantes violentos de la huelga estaban compuestos por los siguientes grupos:

- 1) los huelguistas de Vasena y la gente directamente implicada en la huelga;
- 2) los tranviarios;
- 3) hombres jóvenes y muchachos de las zonas obreras.

Por una gran proporción el grupo cuantitativamente más numeroso fue el de los hombres jóvenes y muchachos de las zonas obreras, y esto se halla confirmado por la evaluación de los informes y comentarios sobre la huelga. El corresponsal del *Manchester Guardian*, por ejemplo, afirma que "escolares en vacaciones" fueron los principales responsables de los actos de violencia ocurridos.³⁷ Para *La Prensa*, la huelga fue responsabilidad de "revolucionarios" ayudados por

... miles de delincuentes y una multitud de vagabundos, compuesta de adultos y adolescentes arrojados a los desórdenes por carecer de cuidado familiar y por la indiferencia del gobierno.³⁸

Observaciones del Senado Nacional proporcionan una descripción aún más explícita:

Y lo más grave (respecto a la huelga) es la parte que desempeñaron en ella jóvenes y muchachos entre los diez y

³⁷ *Manchester Guardian*, 16/1/19.

³⁸ *La Prensa*, 14/1/19.

los veinte años. Ellos han estado en primera fila, arrojando las primeras piedras y encendiendo los primeros fósforos.³⁹

Quizás cabe destacar que no se señaló la presencia de mujeres en los actos de violencia. Esto contrasta con situaciones similares en la Argentina, donde se dieron movilizaciones masivas del pueblo de los suburbios.⁴⁰ La mayoría de las mujeres trabajadoras constituyeron una pequeña parte de la totalidad de los participantes en la huelga, mayormente pasivos.

5) *Los "blancos" y la coherencia ideológica en la huelga general*

Al analizar los "blancos" de la huelga general, puede distinguirse entre los "blancos de violencia" (o sea los focos precisos de los ataques de los huelguistas) y sus "objetivos posteriores" (es decir los beneficios que los participantes en la huelga esperaban obtener como resultado de su acción). La segunda parte de este problema nos lleva a la consideración de las posibles motivaciones ideológicas existentes entre los defensores de la huelga, tanto de los grupos representativos violentos como de los grupos representativos no violentos.

Nos ocuparemos primero de los blancos de violencia. En este sentido, el principal blanco de los huelguistas fue la policía. Durante el cortejo fúnebre, para dar sólo un ejemplo, se mencionó un ataque contra un destacamento policial ubicado en el camino al cementerio. Sin embargo, no se produjeron bajas entre los policías y aparentemente los huelguistas no hicieron otra cosa que arrojar unas pocas piedras contra el edificio. Por otra parte se informó de ataques contra agentes de policía, a quienes se les arrebató el arma (habían sido lo suficientemente arrojados como para intentar detener los incendios callejeros). Entre el 10 y el 12 de enero, los periódicos estaban llenos de informes policiales de ataques contra agentes por parte de unidades emboscadas de huelguistas. Pero las pruebas que certifiquen esto son extremadamente débiles: lo que aparentemente sucedió en muchos casos fue que las patrullas policiales usaron sus armas con frecuencia y ello fue oído desde los destacamentos, originándose así el pánico y haciendo que la policía pasase la noche disparando contra sombras imaginarias en la oscuridad. No carece de significación que los falsos informes de emboscadas sean una característica común

³⁹ PEDRO A. ECHAGÜE, *Diario de Sesiones, Senadores*, vol. 2, 1918-1919, pág. 39.

⁴⁰ Compárese con las huelgas ferroviarias de Rosario de julio-agosto de 1917. Cf. *Radicalism and the Urban Working Classes*, cap. IV.

de este tipo de situaciones.⁴¹ En realidad no puede probarse ni uno sólo de los casos de emboscadas premeditadas, de manera que a través de la evaluación parecería que los defensores violentos de la huelga no se hallaban preocupados, en la ilegitimidad, por cobrarse venganza por las víctimas de la acción policial desarrollada antes y durante la crisis. El tipo de violencia que se produjo fue más bien derivada del calor del momento y no formaba parte de un antagonismo fundamental contra ese símbolo tangible de autoridad coercitiva.

Además de la policía, los directores del establecimiento Vasena sufrieron la violencia de los huelguistas, aunque ninguno de ellos fue injuriado. A pesar de la relativa persistencia de los huelguistas en ese choque, resulta difícil pintar sus acciones como extendiéndose más allá de un estado transitorio de indignación y hostilidad impulsiva. Otros blancos de los ataques fueron vehículos, tranvías y un orfanato de una iglesia, ubicados en el camino a la Chacarita. En lo que respecta a los automóviles, no parece que hayan sido blancos de la agresión por su identificación como símbolos de riqueza (como indudablemente lo eran en 1919), sino porque proporcionaban un foco para la descarga delirante del "espíritu de carnaval" y podían ser empleados para instigar a una más amplia participación en los actos de protesta general. La función de la quema de autos, por consiguiente, queda más bien dentro del proceso de disturbios que como parte de los objetivos de la huelga en su conjunto. Los tranvías desempeñaron en alguna medida el mismo papel, aunque quizás en este caso intervinieran motivos ulteriores que guiaban a los tranviarios. Resulta muy posible que muchos de los atentados del tipo antedicho hayan sido perpetrados por empleados tranviarios, como un recurso para amedrentar a las compañías y obtener concesiones. En 1919 existían precedentes de una conducta semejante, derivados de las huelgas de ferroviarios realizadas en Rosario en 1917.⁴²

El ataque al orfanato de la iglesia fue usado posteriormente como un recurso propagandístico para predisponer a la gente en contra de los huelguistas. Se destacó mucho la acusación de que los huelguistas tenían como una de las metas revolucionarias suprimir la Iglesia Católica. En realidad existía una fuerte tradición de militancia anticlerical en el movimiento obrero: la ética de la caridad y el paternalismo, propia de la Iglesia, tenía como objeto la anulación del espíritu revolucionario, y el sacerdote de la

⁴¹ Cf. *National Advisory Commission on Civil Disorders*, ob. cit., págs. 97-98; *Right in Conflict*, ob. cit., pág. 102.

⁴² *Radicalism and the Urban Working Classes*, ob. cit., cap. IV.

parroquia era uno de los principales competidores de los activistas sindicales en el logro de la fidelidad de la clase obrera. No obstante, en el ataque al orfanato de la iglesia, la acción de los sino más bien del eventual informe de que la policía estaba espuhuelguistas no parece surgir de un anticlericalismo doctrinario, rando a la columna emboscada en el edificio.

Repasando cada uno de los blancos de los huelguistas, la impresión predominante es que los ataques surgieron de circunstancias completamente ad hoc. Inclusive el elemento del cálculo racional sugerido por el saqueo de armerías no estuvo seguido por ningún intento de emplear esas armas contra ningún objetivo concreto y específico. Más probablemente, las armas fueron vistas como una garantía contra esperados ataques ulteriores de la policía. Juzgando sobre esta base, parecería que la huelga tuvo muy poco de lo que se puede describir como objetivos ulteriores y ésta es una prueba más que confirma la descripción de un estallido emocional masivo, sin coordinación ni dirección. Existe sólo una excepción menor a esto. En algunos casos los observadores señalaron que flameaban banderas rojas, como un símbolo semiarticulado de rebelión incipiente, en particular en las estaciones tranviarias. Sin embargo, no hay índices de que la bandera roja fuera de ninguna manera el estandarte general de protesta o un catalizador de la movilización masiva del 9 de enero. Además, no hay nada en los sucesos que sugiera la existencia del intento de un ataque amplio contra los símbolos del capitalismo, como lo hubiera sido la extensión de los sabotajes en fábricas y de los incendios intencionales. Tampoco los huelguistas se desplazaron más allá de los límites de sus propios barrios para emprender ataques contra las áreas residenciales de los sectores de clase no obrera. Aparentemente a los huelguistas no les preocupaba en absoluto el tema de la propiedad privada, pese a la ola de rumores que circulaban:

Las noticias son graves: los huelguistas están armados hasta los dientes; han emplazado barricadas en todos los suburbios de la ciudad; han incendiado cuatro iglesias y dos orfanatos y preparan un ataque a las estaciones ferroviarias.⁴³

En San Isidro y en todas las localidades de la costa... los habitantes están tratando de organizar la defensa de sus hogares pues temen que bandas de anarquistas —o de “ma-

⁴³ ARTURO CANCELA, “Una semana de holgorio”, en *Tres relatos porteños*, 6ta. edición, Librería Anaconda, Bs. As., 1933, págs. 116-117.

ximalistas", como también se los llama— ataquen las hermosas casas de campo existentes a los lados del camino.⁴⁴

Si bien la huelga careció de direcciones políticas específicas, adoleció también marcadamente de la falta de fines económicos definidos. Tampoco estuvieron sus participantes motivados en forma significativa por consideraciones económicas. Durante la principal acción de la huelga los casos de saqueo de negocios fueron notablemente escasos, excepto como un medio para obtener armas de fuego. Las únicas situaciones de saqueo fueron posteriores en el episodio total, como una consecuencia directa de la escasez de comida que siguió a la interrupción del abastecimiento desde el exterior de la ciudad.⁴⁵

Todo esto lleva a la firme conclusión de que la huelga careció no solamente de objetivos sino también de todo tipo de motivaciones ideológicas. En los alcances y estructura de la acción que tuvo lugar no hay señales de la existencia de ningún intento consciente ya sea de seguir los ejemplos comunes europeos estableciendo células tipo sóviet —como podría esperarse dada la fuerza del sindicalismo revolucionario en el país— o de intentar la violencia como el nacimiento de la acción y solidaridad de clase, en la forma concebida por el "mito" de Georges Sorel de la huelga general. Tampoco existió ningún esfuerzo consciente por crear una "política viviente", en el sentido defendido por Rosa Luxemburgo en su obra *Huelga de masas*, ni hay señales del espíritu milenarista característico de un estallido específicamente anarquista. Pese a su fuerte actualidad en la Argentina de ese momento, ninguna de estas ideas parece haber jugado algún papel en la pauta de conducta que se dio. Esto ejemplifica una vez más el grado extremadamente bajo de cálculos racionales encuadrados cognitivamente en la huelga general; ilustra asimismo la fuerza de las tendencias afectivas subyacentes a la acción.

LA HUELGA GENERAL: UNA EXPLICACION

Los problemas de la explicación de la huelga general pueden dividirse en dos grupos. Primero, la cuestión de la violencia y de los diversos subgrupos responsables de ella; en segundo lugar, las

⁴⁴ IBARCUREN, ob. cit., pág. 323.

⁴⁵ El único caso registrado de saqueo, aparte de los que tenían como objeto obtener alimentos, fue el de ciertos espectadores que intentaron vender los accesorios de los automóviles atacados.

razones de la movilización de la mayoría, predominantemente pasiva, de los huelguistas a saber, los trabajadores industriales en general.

Las fuentes de violencia

a) Los huelguistas de la fábrica Vasena

Las huelgas violentas fueron un acontecimiento común en la empresa Vasena a lo largo del período de guerra, y los actos de violencia de la Semana Trágica están por consiguiente vinculados estrechamente a los sucesos del pasado y a una serie de condiciones presentes desde mucho antes. Las quejas de los hombres que los impulsaron a tomar el camino de la huelga surgieron de los persistentes esfuerzos de la empresa por reducir sus costos de salarios durante la guerra, a fin de protegerse de los precios crecientes de las materias primas y del petróleo necesario para la producción metalúrgica. En lo que se refiere a capital en gran escala, la fábrica era de origen comparativamente reciente. Su crecimiento principal se había dado en el período de importantes inversiones extranjeras y de crecimiento industrial del país a lo largo de los cinco años anteriores al estallido de la guerra. En este sentido su crecimiento fue algo marginal, y exigía para su éxito y expansión continuada el mantenimiento de las condiciones previas al boom de la preguerra. Después de 1914 las dificultades se desarrollaron velozmente y su inmediata consecuencia fue el intento de explotar el alto grado de desempleo prevaeciente y de reclutar la fuerza de trabajo entre los sectores más pobres y oprimidos de la población obrera inmigrante: españoles, italianos del sur e incluso unos pocos japoneses. Estos se complementaban con grandes contingentes de mujeres y niños. Durante la guerra el promedio total mensual de los salarios pagados por la empresa había caído de 103 pesos en 1914 (lo cual era aproximadamente la tasa sugerida por el carácter progresista de la Argentina, que abogaba por la adopción de un salario mínimo de subsistencia), a apenas 52 pesos a fines del 18. En verdad la declinación era mucho mayor debido al fuerte aumento del costo de la vida propio de la época de guerra. Desde comienzos de 1917 hubo una agitación constante en la fábrica y por lo menos se registraron dos huelgas graves y prolongadas antes de fines de 1918. El establecimiento había intentado protegerse contra ese proceder organizando un sistema de espionaje fabril. Fueron aplicadas medidas punitivas y multas contra los sospechosos de dedicarse a actividades sindicales y los informes de golpizas e intimidación organizada de los trabajadores no

dejaron de ser frecuentes. Juzgando por los relatos existentes, en la empresa Vasena las condiciones lindaban con las del gangsterismo capitalista.⁴⁶

Los trabajadores de Vasena tenían pues alguna razón para albergar el inflamado sentimiento de queja puesto de manifiesto entre diciembre y enero de 1918-1919. Además, se habían hecho bastante a la acción violenta, puesto que la violencia constituía casi un aspecto cotidiano de sus vidas. La acción violenta también tendía a hallarse fomentada por la ecología peculiar de la planta Vasena. La planta fabril y el depósito de materias primas de la firma estaban ubicados aparte, de manera que los carros estaban constantemente en movimiento, llevando materia prima a la planta. Esas caravanas fueron un blanco obvio para los piquetes durante la acción de huelga, pues evitar su desplazamiento equivalía a detener la producción. Para combatir esta amenaza la compañía había recurrido al empleo de guardias armados, y una de las principales características de cada una de las huelgas del establecimiento era que se desarrollaran batallas campales entre los dos bandos en las calles cercanas a la fábrica. Un hecho de este tipo condujo a las bajas del 7 de enero, un incidente que desató la huelga general.

Este choque —debe ser destacado— fue mucho más grave que cualquiera de los anteriores que lo habían precedido. Aunque la violencia era una norma en la empresa Vasena, anteriormente nunca había arrojado víctimas fatales. Este factor, antes que cualquier otro, es el que explica el ánimo de tumulto inconoclasta manifestado el 9 de enero contra la fábrica y contra la policía. Sin embargo, existen pruebas de que las antipatías habían ido creciendo durante las últimas diez semanas, no sólo entre los hombres de Vasena, sino entre toda la población del suburbio:

Se había vuelto casi imposible vivir cerca de la fábrica Vasena para aquellos que tenían la desgracia de ocupar la misma casa que alguno de los huelguistas. Eramos perseguidos continuamente por la policía y no podíamos ni siquiera pararnos en la puerta de calle sin que nos atacaran. El 5 de diciembre, un hermano mío de quince años fue arrestado por vagancia después de unirse a un grupo de la esquina simplemente por curiosidad. Lo tuvieron en la comisaría hasta medianoche... El día 13 él estaba en la puerta de la casa, cuando un

⁴⁶ Detalles de la historia financiera de la empresa pueden encontrarse en el memorándum de ALLEN C. KERR al ministro británico residente en la Argentina. *Enclosure in Despatch*, núm. 212, 18/8/19 FO. 371-3505.

oficial de policía le ordenó que circulara. Mi hermano le preguntó dónde se suponía que debía ir ya que estaba en su propia casa, pero el oficial simplemente comenzó a empujarlo con su caballo hasta que lo obligó a entrar... Este tipo de barbaridades la sufren todas las familias que viven cerca del escenario de la huelga... Uno de estos días estos bárbaros harán algo realmente sangriento, por lo que tendrán que pagar.⁴⁷

Fueron palabras premonitorias. Cuando el acto sangriento—que fue visto como inevitable—ocurrió finalmente, y puesto que todas sus víctimas fueron precisamente no huelguistas, no resulta sorprendente que la población del suburbio se uniera a los hombres de Vasena en el acto de protesta masivo. La batalla se había transformado en ese momento en la causa de todos los residentes del barrio contra sus opresores directos. En lo que atañe a los propios huelguistas del establecimiento Vasena, su conducta violenta del 9 de enero puede ciertamente considerarse interpretable mediante el modelo de la deprivación relativa. Los trabajadores habían sufrido una deprivación real durante la guerra y ello había llevado a un agudo sentimiento de protesta. Luego de la decisión de ir a la huelga, sus protestas se habían inflamado por la frustración, que a su vez llevó a la indignación, a un sentimiento de agresión, y por último a la violencia. Esta misma pauta se hizo presente el 9 de enero, como había ocurrido anteriormente.

Mucho menos claro, en cambio, es que la deprivación relativa haya sido la causa del apoyo que la población local dio a los trabajadores de Vasena. Aquí la violencia se debe al antagonismo contra la policía, por la manera brutal en que ésta había lesionado la libertad de los habitantes del lugar y, en segundo término, por el poco respeto que había mostrado con respecto a sus vidas. El sentimiento de hostilidad resultante de la deprivación (es decir, de la privación relativa de libertad) aparentemente no condujo a otra cosa que a protestas escritas dirigidas a los diarios socialistas. El factor que precipitó la violencia, sin embargo, fue únicamente el de los sucesos del 7 de enero: la injustificable matanza de compañeros de la comunidad. En este caso la progresión indignación-agresión-violencia no fue consecuencia de la *frustración* (tampoco se trató de una consecuencia de la *amenaza*), sino de un hecho “desencadenante” de mayor magnitud que los incidentes anteriores. Aunque este incidente desencadenante y sus resultados habían sido predichos, y por lo tanto pueden considerarse como un fenómeno situa-

⁴⁷ Carta a *La Vanguardia*, 20/12/18.

cional, fue también en sentido significativo un suceso accidental e impredecible. Debe verse como un hecho fortuito y por lo tanto como un factor accidental, el que las puertas del local no resistieran la penetración de las balas, que las víctimas fueran todas fatales, etcétera. Si esto no hubiera sucedido, la población del barrio aunque habría experimentado un sentimiento de protesta aún mayor, probablemente no hubiera dado una expresión violenta a esas protestas, simplemente porque la *causa* para hacerlo así no habría existido. En esta medida, la violencia en el seno de ese grupo no se desarrolló en forma determinista, sino debido al azar. Empero, cualquiera sea la posición que adoptemos a este respecto, no cabe duda de que la violencia no tiene nada que ver con la privación, en el sentido de una brecha entre "aspiraciones" y "capacidades".

b) Los tranviarios

La acción violenta que puede atribuirse a este grupo —la enérgica interrupción de los servicios de transporte de la ciudad y los diversos incidentes de quema de unidades— tuvo muy probablemente origen en las divisiones internas y en la carencia de una organización sindical en este importante sector de la clase trabajadora de la ciudad.⁴⁸ Mientras se desarrolló la huelga general, grupos de obreros de la fábrica hicieron rápidos esfuerzos por detener el sistema de transporte en sus propias áreas, a fin de dar una expresión más tangible al paro. Un conjunto de tranviarios brindó inmediatamente su apoyo: los tranvías fueron conducidos a las estaciones y la decisión en favor de la huelga comunicada a otros miembros del personal general. Pero no todos dejaron de circular en forma inmediata quizás por la carencia de un apoyo unánime para esa acción, pero también debido seguramente a la dispersión de los hombres en distintos lugares de la ciudad. El grupo de tranviarios que se plegó en un primer momento actuó como un aguijón para la sección en huelga de los empleados. Los intentos de interrumpir el tránsito por la fuerza condujeron a vehementes intercambios entre huelguistas y no huelguistas, permitiendo que en la confusión fueran incendiados algunos tranvías. Desde este momento en adelante la quema de vehículos comenzó a sumarse a otros incidentes, los cuales se transformaron en pretextos para la descarga de emociones propias de un tumulto.

Al mismo tiempo, como ya se ha señalado, por lo menos un sector de los tranviarios estaba empeñado en llevar adelante du-

⁴⁸ La legislación sobre jubilación de los tranviarios reveló más tarde que su número total era alrededor de 10.000.

rante la huelga exigencias de salarios propias de su gremio. En este caso la violencia contuvo un elemento cognitivo mucho más fuerte que en los otros incidentes importantes que se desarrollaron. Fue evidente que la quema de tranvías formaba parte de un plan estratégico para imponer solidaridad e intimidar a las compañías para que hicieran concesiones. La violencia por motivos de solidaridad puede ser presentada en parte como resultado de la frustración y, en última instancia, de la deprivación. Pero más específicamente, en este caso la violencia fue de nuevo sólo indirectamente el reflejo de la situación de "brecha" propia de las condiciones de la deprivación relativa. En realidad puede afirmarse que no fue tanto la deprivación la que llevó al sentimiento de frustración, sino el fracaso en establecer una estructura de *autoridad* entre los hombres, o sea la obediencia y el apoyo entre todos los tranviarios. La violencia por motivos de autoridad (o de solidaridad), como es evidente, difiere de manera sustancial de la violencia derivada de la deprivación.

En contraposición a esto, en la medida en que la violencia funcionó como un artificio para intimidar a las compañías, ellas mantiene una relación más estrecha y más directa con la deprivación relativa percibida. Los hombres estaban actuando para obtener mejoras salariales y para aliviar mediante ellas apremiantes necesidades económicas. Se trata de una situación análoga a la que prevalecía entre los hombres de Vasena: los salarios nominales no habían ido al mismo paso que la inflación; se produjo como consecuencia un sentimiento de protesta y junto con él la determinación de emprender la acción de huelga; la posibilidad de llevarla a cabo la proporcionó la huelga general, y la violencia en este caso fue una técnica de sabotaje que pretendía eliminar las injusticias impuestas por las condiciones tangibles de deprivación.⁴⁹

c) Los jóvenes de las áreas obreras

Una gran proporción de este grupo indudablemente formaba parte de la población del barrio de Nueva Pompeya y por lo tanto compartió con todos los demás los motivos que impulsaban a la violencia: durante varias semanas habían sufrido abusos policiales, habían perdido amigos y quizás familiares en los sucesos del 7 de enero. Nuevamente jugó aquí un papel destacado el incidente "desencadenante", como catalizador de la acción. No sorprende el

⁴⁹ Es posible que la desunión de los tranviarios se haya dado a lo largo de las líneas de especialización dentro de cada compañía, entre conductores y operarios. Esto tiene fuertes precedentes en la industria del ferrocarril, pero los datos de que disponemos no nos permiten realizar ningún análisis ulterior.

hecho de que prevaleciera en esos episodios la acción de hombres jóvenes y adolescentes, dado el hecho de su mayor energía física y movilidad. Con menor grado de certeza podría sugerirse también que su disposición para intervenir en actos de violencia fue mayor debido a su condición de solteros y a la consiguiente ausencia relativa de responsabilidades familiares.

Los mismos factores —energía, movilidad y condición— es muy probable que jugaran un papel equivalente en la determinación de la conducta de otros jóvenes, durante el cortejo fúnebre y en los incidentes de quema de automóviles y tranvías. Por otra parte, este grupo no estaba implicado directamente en la situación desencadenante de la huelga, como sí lo estaban los jóvenes de Nueva Pompeya. Parecería, al respecto, que el principal problema es el de explicar expresiones transitorias de las formas de conducta desviadas. Pero esto debe quedar como mera conjetura, puesto que las pruebas disponibles no nos permiten una puesta a prueba adecuada de las hipótesis posibles. Los contemporáneos estaban acostumbrados a culpar al sistema educacional por lo que había ocurrido y a señalar una pretendida carencia de cuidado familiar en el caso de los adolescentes.⁵⁰ Sin embargo, existe escasa información sobre cualquiera de estas consideraciones y ninguna que pueda permitir una vinculación con las características de conducta de los jóvenes de clase obrera. Una carencia similar se da con respecto a datos que permitan elaborar un cuadro de la situación económica, social o cultural de los jóvenes de clase obrera en ese momento.

A pesar de su base decididamente conjetural, podría sugerirse una posible línea de enfoque, a manera de aproximación, que si resulta permitiría la verificación de la hipótesis de la deprivación en este ámbito. Aunque la violencia juvenil de la Semana Trágica no puede ser descrita como síntoma *directo* de las dificultades de asimilación experimentadas por la población inmigrante, ella puede ser tratada como expresión indirecta y subsidiaria de este problema general. Las estadísticas sobre inmigración muestran claramente que la mayoría de los inmigrantes que ingresaron a la Argentina entre la década de 1880 y el estallido de la Gran Guerra eran hombres solteros, de veinte a treinta años de edad, es decir que eran adultos y no adolescentes.⁵¹ Además, du-

⁵⁰ Cf. *La Prensa* 14/1/19; la misma actitud se manifiesta en las declaraciones periodísticas de la *gran colecta nacional* de setiembre de 1919 y en muchos de los manifiestos publicados por la Liga Patriótica Argentina.

⁵¹ Las cifras y los análisis correspondientes al tema inmigración se hallarán en el Tercer Censo Nacional, 1914; la *Memoria* de la Dirección de Inmigración

rante la guerra la inmigración cesó casi completamente, ante todo como consecuencia de la depresión económica de 1914 y, en segundo lugar, como resultado acumulativo de la propia guerra. Se puede afirmar con certeza, entonces, que la inmensa mayoría de los extranjeros establecidos en la Argentina habían estado para 1919 por lo menos cinco años en el país. Según las mismas pruebas, los jóvenes de la clase obrera habían pasado al menos el mismo período de tiempo en el país, pero es más probable, dada la estructura de edades de los inmigrantes que llegaban antes de la guerra, que fueran *hijos de inmigrantes*. Esta afirmación se apoya también en el hecho de que alrededor de los dos tercios de la clase obrera de Buenos Aires (o sea de trabajadores maduros) eran de origen extranjero.⁵²

Los jóvenes de las áreas obreras constituían en general la primera generación nacida en la Argentina, ubicada entre la sociedad nativa y la inmigrante. Esto creaba problemas especiales, pues en un sentido los hijos de inmigrantes enfrentaban dificultades de asimilación más complejas que las que habían tenido que enfrentar sus propios padres. Por lo menos los inmigrantes podían hallar una compensación a su precaria situación social y económica manteniendo estrechos contactos con otros miembros de sus propias comunidades en el área de residencia, en la ocupación y en las asociaciones de inmigrantes. Estas posibilidades les ofrecían por lo menos algunos medios de protección contra las influencias más extremas de un entorno alienado. Los hijos de inmigrantes, en cambio, estaban mucho más expuestos a la sociedad nativa a través de las circunstancias de su nacimiento y de las experiencias de socialización que habían recibido. Pero incluso así era muy probable que los vínculos de familia intervinieran en alguna medida para evitar cualquier identificación completa con la sociedad y la cultura de la Argentina nativa. Por estas razones (que por supuesto requieren una investigación mucho más amplia de los datos) los hijos de inmigrantes —es válido sugerirlo— ocupaban una situación de señalada marginalidad cultural.⁵³ A estos factores se agregaban aquellos derivados

(anual); AUGUSTO BUNGE, *La inferioridad económica de los argentinos nativos*, Bs. As., 1919, y en las diversas obras de ALEJANDRO F. BUNGE: *Los problemas económicos del presente*, Bs. As., 1919, *Ferrocarriles argentinos*, Bs. As., 1918, etcétera

⁵² En *Radicalism and the Urban Working Classes*, cap. I, se hallarán cálculos sobre la estructura social de Buenos Aires en 1914.

⁵³ En MARGOT ROMANO YALOUR DE TOBAR, MARÍA MAGDALENA CHIRICO, EDITH SOUBIE, *Clase obrera y migraciones. Tres estudios*, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Instituto Torcuato Di Tella, Ed. del Instituto, Bs. As., 1969,

de la guerra: un incremento de las dificultades económicas, opresión, penuria, junto con la restricción de los horizontes sociales. Es posible que la huelga general se haya dado en un momento altamente crítico para los miembros de este grupo, dando curso a la tensión excesiva sobre sus normas y valores.

Esto constituye por cierto un análisis a través del concepto de "deprivación". Pero no representa nada más que una suposición con respecto a las verdaderas condiciones que este grupo estaba sufriendo entonces. Disponiendo de mayor información tal vez tendrían que formularse reservas mayores al modelo sugerido. Una hipótesis opcional atendible es la de que la violencia en este caso fue en menor medida "violencia por deprivación" que "violencia por el ejemplo". Este enfoque comenzaría destacando la susceptibilidad de los jóvenes con respecto a seguir la acción instigada por modelos de referencia, los cuales en este caso serían grupos tales como los huelguistas de Vasena o los tranviarios militantes.

La movilización de los trabajadores industriales (los grupos no violentos)

La acción violenta de la huelga general debe ser atribuida en mayor medida a factores distintos de la deprivación; en particular a lo que hemos denominado "desencadenante" de la huelga, o sea el ataque policial del 7 de enero. El mismo esquema de explicación puede emplearse al considerar el papel de la mayoría de quienes apoyaron la huelga, los obreros industriales de Nueva Pompeya y de sus alrededores. Aunque aquí el problema no es el de una conducta violenta sino el del simple apoyo, cabe el interrogante sobre si la movilización de este grupo estuvo vinculada con las condiciones de deprivación, o si en cambio dependió simplemente del "desencadenante". Además, existen ciertos aspectos subsidiarios de la acción que deben ser explicados: el paro mismo y la naturaleza espontánea de su desarrollo, la asistencia masiva al cortejo fúnebre, el "espíritu de carnaval", las banderas rojas y las razones del rápido derrumbe de la huelga luego del 10 de enero.

Una posibilidad obvia por considerar ante todo es que el suceso desencadenante no haya sido tanto una *causa* válida de la acción y de la movilización, sino simplemente su *pretexto*: que la movilización haya sido inherente a la situación en su conjunto

págs. 117-121, se hallará un análisis del concepto de marginalidad cultural y una bibliografía relativa al tema.

y que se requiriese un mero “punto de ignición” para exponer y activar un estado de resentimiento derivado de las condiciones de **deprivación**. Para que el desencadenante se constituya como tal “punto de ignición” es necesario que sea por definición una *simbolización* o un *epítome* de las condiciones generales padecidas por los obreros. Para determinar la naturaleza precisa del desencadenante, en este sentido, deben plantearse los siguientes interrogantes:

1) ¿En qué medida era cierto que los obreros sufrían en conjunto condiciones de deprivación tales que fuera necesario un régimen constante de mano dura policial para mantenerlos controlados?

2) ¿En qué medida los obreros se encontraban en un estado de movilización incipiente antes del estallido de la huelga?

A partir de esto será posible determinar en qué medida el desencadenante representó una simbolización de las condiciones padecidas por los obreros en conjunto. Si, por otra parte, puede demostrarse que fue un suceso excepcional, entonces su papel como un mero *pretexto* de la acción disminuiría correspondientemente. Sería necesario, en ese caso, darle mayor jerarquía, y considerarlo en sí como una de las causas de la acción.

Tratemos primero el grado de deprivación real experimentado por toda la clase obrera de la ciudad. En el caso de los obreros de Vasena, como hemos visto, la fuente de las protestas era claramente económica, una consecuencia de los salarios en extremo bajos que se abonaban. A fines de 1918, el promedio del salario de los obreros del establecimiento Vasena era de 52 pesos mensuales. En términos nominales esto indicaba una disminución de alrededor del 100 por ciento; en términos reales, teniendo en cuenta la inflación de época de guerra, era mucho mayor, probablemente alrededor del 150 por ciento. Para los obreros de toda la ciudad, en cambio, los salarios nominales por mes habían experimentado un pequeño incremento desde 1914 y, en la medida en que las estadísticas bastante precarias de la época permiten este tipo de generalizaciones, es posible decir que se elevaron de 64 pesos en 1914 a 80 pesos en 1918.⁵⁴ Empero, en términos reales, existen pocas dudas de que esto significaba una declinación efectiva, pues el costo general de la vida para las familias de clase

⁵⁴ En GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Eudeba, Bs. As., 1967, págs. 317-342, aparecen datos sobre el costo de la vida.

obrera había aumentado en un 76 por ciento durante el mismo período.⁵⁵ Puede calcularse entonces que los salarios reales considerados con respecto a las necesidades de consumo básicas habían declinado entre el 50 y el 60 por ciento. Sin embargo, tanto en términos nominales como reales, esta declinación era mucho menor que en la planta de Vasena. En términos nominales la diferencia era entre 52 y 80 pesos; en términos reales la diferencia era entre una declinación estimada de un 150 por ciento y otra de un 60 por ciento. Esto sugiere que las condiciones de privación en la planta de Vasena eran *excepcionalmente* duras comparadas con la situación de los obreros en conjunto, consecuencia de las especiales dificultades de la producción metalúrgica en tiempo de guerra. Pero aún siendo así, no puede negarse que los obreros estaban sufriendo una absoluta privación económica y que ésta constituía suficiente causa para el desarrollo de las protestas.

Si bien existieron fuertes motivos de protesta durante la guerra, otra diferencia sugestiva entre los hombres de Vasena y la clase trabajadora en su conjunto se encuentran en la relativa ausencia de huelgas activas entre estos últimos, a lo largo de los dos o tres años precedentes. Juzgando a partir de pruebas concretas, entre las postrimerías de 1916 y de 1918 los obreros de Vasena estaban mucho más dispuestos a dar salida a sus protestas en una huelga sumamente activa y violenta que la gran mayoría de sus compañeros de clase. El único grupo importante que se había distinguido de manera similar a través de este período fue el de los ferroviarios, que igualmente había sufrido en forma excepcional la situación de guerra, como consecuencia del notable aumento del carbón importado. Asimismo, en 1917 y 1918 habían parado con frecuencia y utilizado procedimientos de fuerza y de sabotaje para forzar la aceptación de sus exigencias.⁵⁶ Pero en todas partes el frente de los trabajadores había permanecido generalmente quieto durante la guerra. Ello se reflejaba en el papel relativamente menos importante desempeñado por las fuerzas policiales de la ciudad en los conflictos sindicales. En parte esto dependía también de la política del gobierno, proveniente del deseo de los radicales de proporcionar una tolerancia mayor frente a las huelgas. Pero esta política pudo tener éxito sólo debido a la relativa ausencia de paros violentos, en comparación con el período de la década precedente, cuando el movimien-

⁵⁵ Cf. BUNGE, *Los problemas . . .*, ob. cit. Allí se hallarán otros importantes datos sobre consumo de la clase obrera y costo de la vida.

⁵⁶ *Radicalism and the Urban Working Classes*, ob. cit., cap. IV.

to anarquista predominaba en Buenos Aires. Teniendo esto en cuenta, puede considerarse entonces que el ataque policial del 7 de enero de 1919 fue un suceso sumamente inusual, excepcional, si se toma el período de la guerra como perspectiva. Aunque en Buenos Aires existía una fuerte tradición de enfrentamientos entre policías y huelguistas, estos correspondían al período previo a 1910. Esto expresa una vez más la medida del contraste entre las condiciones prevalecientes en la empresa Vasena y las de otras partes, y por lo tanto no puede sostenerse que los acontecimientos en el establecimiento de Vasena fueran de ninguna manera una simbolización de condiciones más amplias: la privación en esa época no había afectado a los obreros en tal medida como para obligar a la policía a intervenir constantemente contra ellos.

A lo largo del período de tres años, el más extenso con estas características, la clase trabajadora de Buenos Aires en su conjunto había manifestado por consiguiente escasos signos de que se encontrara en un estado de movilización latente. El interrogante es si esto también es verdadero con respecto al corto lapso de los tres meses previos al estallido de la huelga general. Desde un punto de vista superficial, parecería que durante esa época las condiciones existentes a lo largo de la guerra habían sufrido una transformación radical, creando por primera vez una clara situación de "brecha", del tipo hallado en ejemplos de privación relativa. Con referencia al aspecto "capacidades", las cosas siguieron en general en el mismo estado, en tanto los salarios continuaron atrasados frente al creciente costo de la vida. El cambio vital, aparentemente, provino del aspecto "expectativas", a medida que llegaban a la Argentina primero noticias del éxito y la consolidación de la revolución bolchevique en Rusia, luego del armisticio y por último de la ola de revoluciones, rebeliones y huelgas masivas que barría Europa. Desde el momento del armisticio en adelante, la prensa obrera prestó creciente atención a estos desarrollos de ultramar que anunciaban la inminencia de la "nueva época":

Las luchas contraproducentes del pueblo contra el pueblo han terminado... Ahora comienzan las guerras sociales de los pueblos contra los tiranos y los explotadores. La cara del mundo es un inmenso horno donde se está forjando una nueva sociedad en la que los hombres por primera vez pueden discernir... una nueva era para la humanidad... Este nuevo mundo está siendo forjado (y)... debe ser obra del proletariado, de cuyos altos ideales y manos de hierro pro-

vendrá la libertad, la justicia y la paz para todos los seres humanos.⁵⁷

Si el capitalismo considera que la guerra ha pasado, la clase trabajadora sabe en cambio que la guerra de clases está por revivir. En este momento trágico pero productivo asistimos al nacimiento de un nuevo mundo. El capitalismo está por hundirse en la historia para siempre.⁵⁸

Si estos comentarios son tomados en su significado literal y como representativos del estado de ánimo de los obreros en conjunto, entonces resultaría apropiado hablar de una "revolución de expectativas crecientes" del tipo que había generado repentinamente el nuevo despertar de los obreros, impulsándolos a una movilización política masiva tendiente a lograr y a asegurar el nuevo orden. Por cierto muchos observadores contemporáneos, teniendo in mente vívidos ejemplos europeos, creyeron que esto estaba sucediendo. A medida que se acrecentaba el debate en los periódicos y entre los intelectuales a favor de los trabajadores, los comentaristas no partidarios de la clase obrera comenzaron a mencionar en términos específicos una atmósfera de "tensión" que se estaba generando.⁵⁹ Sin embargo, el problema es si esta atmósfera realmente existió o si fue una invención de imaginaciones temerosas. El problema reside pues en saber si la retórica de los dirigentes obreros había sido comunicada efectivamente al nivel de las masas. Un índice de que esto había sucedido proviene de la celebración del armisticio. La tercera semana de noviembre de 1918, una gigantesca multitud recorrió las calles de Buenos Aires expresando su regocijo con tal grado de fervor que sugería que los argentinos estaban entre los combatientes victoriosos, en lugar de haber permanecido —como lo hicieron— entre los pocos países neutrales hasta el fin de las hostilidades. Pero después de esos dos o tres días de celebración existió silencio entre las masas, no un silencio amenazante, sino el de un simple retorno a la normalidad. No hubo señales de que la paciencia de los trabajadores en su conjunto se agotara.

Mirando más allá del fermento de discusión entre la *intelligentsia*, no se hallan pruebas de la existencia de un estado de creciente movilización entre las masas. Las situaciones de huel-

⁵⁷ Enrique Del Valle Iberlucea, en *La Prensa*, 18/1/19.

⁵⁸ *La Organización Obrera*, 16/11/18.

⁵⁹ Cf. los diversos editoriales de los periódicos desde el mes de noviembre de 1918 en adelante.

ga fueron generalmente normales salvo en el caso del conflicto marítimo, que luego demoró las negociaciones posteriores al 1º de febrero. A fines de noviembre se registró la manifestación anarquista con motivo de la extradición de Simón Radowsky. En la segunda y tercera semana de diciembre hubo en Rosario una grave huelga policial. No obstante, en ninguno de estos movimientos se hallan indicios de que la acción fuera impulsada ya sea por el armisticio y el sentimiento de alegría que había provocado, o por los sucesos europeos. Aunque en Rosario corrieron rumores de que la huelga era obra de los "soviéticos", una mirada serena a la situación revela que los hombres fueron a la huelga debido a atrasos en los pagos de más de ocho meses.⁶⁰

Era evidente que los sucesos exteriores de noviembre de 1918 no habían tenido un efecto sostenido y perceptible sobre la conducta de la clase trabajadora de Buenos Aires, al menos hasta la Semana Trágica. Cuanto más, el estado de ánimo prevaleciente fue de alivio porque hubieran terminado finalmente las restricciones económicas impuestas por la guerra. Pero la fuerza creciente de este estado de ánimo y las mayores expectativas que lo apuntalaban, surgieron lentamente a lo largo de un período de varios meses a partir de noviembre de 1918. Su primer índice manifiesto proviene no de las huelgas o de la acción política sino de la expansión del movimiento gremial, como puede observarse por la cantidad de afiliados a la FORA (sindicalista) en 1918 y 1919:

Cantidad estimada de afiliados a la FORA, 1918-1919⁶¹

1918		1919	
enero	59.400	enero	83.000
febrero	60.100	febrero	85.100
marzo	63.000	marzo	87.000
abril	66.900	abril	90.200
mayo	68.000	mayo	94.100
junio	69.000	junio	98.000
julio	70.500	julio	100.000
agosto	74.200	agosto	107.000
setiembre	74.200	setiembre	108.400
octubre	75.000	octubre	110.000
noviembre	78.500	noviembre	113.300
diciembre	79.800	diciembre	118.200

⁶⁰ Cf. *Review of the River Plate*, 13/12/18.

⁶¹ Las cifras fueron tomadas de ALFREDO PALACIOS, *El nuevo derecho*, Colección Claridad, 3ª ed., Bs. As., 1934, págs. 190-191.

Entre enero y octubre del 18 (diez meses) el incremento de afiliaciones fue casi de 20.000, un promedio mensual de alrededor de 2.000. Entre noviembre del 18 y diciembre del 19 (catorce meses), el aumento fue casi de 40.000, o sea un promedio mensual de alrededor de 3.000. Por lo tanto, después del armisticio la tasa de afiliación se incrementó aproximadamente en un 50 por ciento. Resulta imposible especificar directamente la existencia de una relación causal entre el aumento de afiliados y el armisticio, pero al menos la hipótesis de una relación causal se ve bastante claramente confirmada a través de esta prueba parcial. Además debe recordarse que gran número de los sindicatos fundados en 1919 no se afiliaban a la federación sindicalista a causa de sus objetivos ostensiblemente revolucionarios. Juzgando a través de la información periodística, la expansión principal de este grupo se dio desde aproximadamente marzo de 1919 en adelante.

Durante el período que va de marzo a julio de 1919 la difusión de las afiliaciones a los sindicatos se reflejó en la creciente cantidad de huelgas en toda la ciudad. Estas fueron motivadas ya sea por la resistencia de los empleadores a reconocer a los sindicatos o por simples demandas de aumento de salarios. El impulso fundamental de las crecientes demandas surgía del deseo de buscar alivio ante el costo de la vida; la determinación a emprender la acción parece asimismo provenir del armisticio, no bajo la forma de cualquier tipo de demandas revolucionarias sino bajo la forma de aspiración a la "normalidad". Luego del prolongado paro del puerto hubo una eclosión de demandas formuladas por operarios telefónicos, empleados bancarios, obreros textiles, empleados de hotel, mozos, peluqueros e inclusive de empleados de pompas fúnebres.⁶² En 1918 el número de huelgas fue de 196; en 1919 de 367.⁶³ Una vez más esto constituye un índice del impacto del advenimiento de la paz. La inmensa mayoría de la totalidad de estos huelguistas era completamente pacífica y se preocupaba solamente del logro de beneficios económicos.

Observando la pauta de los sucesos posteriores al armisticio, la huelga general aparece como una cabal excepción en casi todos sus detalles: por su violencia, su aspecto tumultuoso, su carácter masivo sobrecargado emocionalmente. Evidentemente nada la vinculó con el armisticio, con la ola de afiliaciones a los sindicatos o con los demás movimientos de huelga importantes acaecidos

⁶² *Radicalism and the Urban Working Classes*, ob. cit., cap. VI.

⁶³ ALFREDO PALACIOS, ob. cit., págs. 186-187.

entre marzo y julio de 1919. Es muy probable que estos últimos acontecimientos estén ligados con las condiciones de privación relativa que han sido señalados. Pero la causa de la huelga general debe buscarse en otra parte, pues los efectos de la privación relativa apuntan en una dirección cualitativamente diferente a la de la huelga general.

Hasta aquí se han proporcionado las siguientes respuestas a las preguntas formuladas anteriormente:

1) La movilización de los obreros industriales en la huelga general no se vinculó con las condiciones de privación relativa. Estas, aun cuando existieran, en nuestra opinión hubieran tenido un tipo distinto de expresión colectiva.

2) No puede sostenerse que el evento desencadenante de la huelga general (el ataque policial del 7 de enero) fue un mero *pretexto* o punto de ignición con respecto a la acción que luego tuvo lugar. El suceso desencadenante estuvo lejos de representar meramente una simbolización de la situación de la clase trabajadora en su conjunto. Tampoco ésta se hallaba en un estado de movilización incipiente en el corto período previo al episodio desencadenante.

Debemos entonces examinar la posibilidad de que el desencadenante haya funcionado como una causa directa y principal de la movilización de la clase obrera industrial. Un índice sugestivo adicional de la importancia central del desencadenante fue que si bien la totalidad de la clase obrera de los alrededores de Nueva Pompeya se unió a la huelga general, sus efectos fueron mucho menos marcados en otras partes de la ciudad, donde también existía una concentración considerable de obreros. Esto resulta notable con respecto a áreas periféricas similares a Nueva Pompeya, como por ejemplo Vélez Sársfield y Mataderos y zonas obreras más tradicionales como la Boca. En los lugares mencionados, si bien la huelga logró algún apoyo, éste fue mucho menos destacado e inclusive más efímero que en las zonas sureñas. Tampoco la huelga tuvo efectos perceptibles del otro lado del Riachuelo, en Avellaneda, donde existía una concentración de la clase trabajadora aún mayor que en la Capital Federal. En otros lugares de las demás ciudades principales del Litoral, los efectos de los acontecimientos de Buenos Aires fueron incluso más insignificantes. Lo importante aquí es que en todas esas áreas las privaciones económicas de la clase obrera eran tan intensas como en los principales centros industriales de la Capital Federa-

ral; además se hallaban igualmente expuestas a la influencia de los factores que se supone crearon la revolución de expectativas en la Capital Federal. Esto constituye otra vívida ilustración de los débiles efectos de la deprivación relativa en este momento: si la deprivación relativa hubiera tenido una fuerte influencia sobre el estallido de la huelga, no existen razones para que los otros sectores obreros no hayan visto en el suceso desencadenante un pretexto para la movilización masiva.

Empero, nada de esto sucedió. En cambio sí pudo advertirse que fueron los sectores obreros en estrecha proximidad geográfica al suceso desencadenante los que se unieron a la huelga general. Aparentemente el factor clave que determinó la acción fue el grado de proximidad geográfica a ese suceso. Sólo los tranviarios —y en forma que dista de ser unánime— realizaron el paro, entre los grupos que no poseían un vínculo razonablemente estrecho con la fábrica Vasena. Asimismo, puede observarse que la proximidad determinó generalmente el tipo de acción que se produjo. Así, gran parte de la violencia surgió de Nueva Pompeya; el apoyo no violento se concentró principalmente en los alrededores de Nueva Pompeya, y en las áreas más alejadas hubo un apoyo pasivo y transitorio. Resulta evidente que el área del evento desencadenante fue el punto central de las acciones principales y que los acontecimientos más importantes de la huelga general fueron una consecuencia directa (en un sentido causal) del estado de ánimo de antagonismo y de rechazo, ocasionado por el suceso desencadenante. Si, por otra parte, debe buscarse el "pretexto" de la acción, éste fue proporcionado primordialmente por el cortejo fúnebre que creó un foco tangible para manifestar una solidaridad masiva. Además existieron pretextos subsidiarios: la policía, pero más particularmente los automotores y tranvías que los huelguistas atacaron e incendiaron. La atmósfera de tumulto iconoclasta del 9 de enero y el espíritu de carnaval del 10, todo surgió directamente del evento desencadenante. Además, el hecho de que esa acción tuviera una base tan fuertemente emocional resulta atestiguado por el rápido derrumbe de la huelga.

Resta explicar aún una de las características de la huelga: las banderas rojas. A nivel superficial éstas constituían una prueba de que los huelguistas estaban inspirados por ejemplos europeos contemporáneos y que estos habían jugado algún papel en acrecentar las aspiraciones hasta un punto en que dieron como resultado la acción directa. También sugiere que las demandas de los huelguistas fueron más allá de la reparación de los

motivos de protesta creados por el desencadenante, siguiendo una dirección más cognitiva y política. Pero esta conclusión no consigue justificarse ante dos reparos principales. En primer lugar, la bandera roja no era de ninguna manera el estandarte de la rebelión de masas. Su aparición estuvo limitada generalmente a unas pocas de las estaciones tranviarias y éstas ocupaban un lugar bastante periférico con respecto a la acción principal de la huelga general. En segundo lugar, la bandera roja constituía sólo uno de los numerosos estandartes y emblemas partidarios que habían aparecido intermitentemente a lo largo de los últimos veinte años. No hubo nada nuevo en su despliegue durante la huelga general, ni tampoco parecen haber aparecido en una cantidad significativamente mayor que en ocasiones anteriores. Asimismo, no hay pruebas que demuestren que la bandera roja significó una preferencia política consciente entre la masa general de los defensores de la huelga, y su ineficacia como símbolo unificador fue tan grande como los fútiles intentos de los anarquistas, los sindicalistas y los socialistas por ganar el control del movimiento.

En conclusión, puede afirmarse con certeza que la huelga general no fue una consecuencia de la acumulación de las injusticias de la época de guerra ni de los factores que crearon una privación relativa entre la clase obrera industrial. La atmósfera de indignación masiva que acompañó al estallido de la crisis no fue de ninguna manera debida a una situación general de frustración, sino que fue engendrada por el suceso desencadenante, o sea el ataque policial a la fábrica Vasena el 7 de enero. El único efecto de los factores de privación relativa fue el de determinar la respuesta básica de la población ante el evento desencadenante, ya se vieran sus integrantes como obreros y defensores de las víctimas del 7 de enero o se adhirieran a otras alianzas de clase y apoyaran a la policía. La privación relativa proporcionó la oportunidad de autoidentificación en una clase, pero la acción provino del desencadenante. Sin embargo, a pesar de esta prueba de la existencia de un grado de solidaridad de clase y de la formación de lealtades de clase, la huelga general no señala la expresión de la conciencia de clase de la manera expuesta por los escritores marxistas. El carácter altamente afectivo de la acción que tuvo lugar hace evidente que la solidaridad de clase no poseía muchos antecedentes de una percepción plena e integrada de la situación de clase ni de un sentimiento de los objetivos revolucionarios. Como se observó, las bases de la huelga estuvieron escasamente asentadas en la privación re-

lativa, que fue una etapa meramente transitoria a lo largo del continuum hacia la conciencia de clase. Es evidente que la huelga general de 1919 perteneció a la prehistoria del movimiento obrero argentino.

LAS TEORÍAS SOBRE LA VIOLENCIA CIVIL Y EL "MOVIMIENTO PATRIÓTICO"

En el análisis previo del enfoque de la deprivación relativa para explicar la violencia civil, se mencionó que la teoría emplea el concepto de "violencia por amenaza" para reemplazar el concepto más normal de "violencia por frustración". La situación del "movimiento patriótico" parece corresponder al significado de este último concepto: la defensa de clase, la xenofobia, el temor a la revolución, el deseo de "supervivencia", todo tiene mucho en común con la idea de amenaza. Empero, puede ponerse muy en duda si la situación de amenaza en este caso poseía alguna vinculación con un estado de deprivación relativa específico, tal como ha sido definido, o sea como la brecha entre expectativas y capacidades. Evidentemente éstas no fueron las razones para la formación del "movimiento patriótico", puesto que no existían condiciones de deprivación tangibles. En realidad, como ya señaláramos, la aplicación del concepto de deprivación relativa a situaciones de amenaza es criticable, pues, se basa en el supuesto bastante tortuoso de la existencia de una "deprivación anticipada". Parece ser, más bien, que el fenómeno es puramente psicológico, pues la acción depende no de condiciones externas, sino de una concatenación de actitudes y creencias que forma, por una parte, un esquema limitado para la asimilación de pruebas y de información, y por otra, una marcada predisposición a actuar sobre la base de supuestos preconstruidos, sin tener en cuenta la "realidad". Este enfoque nos parece más fructífero en un caso de este tipo que el de la deprivación relativa, puesto que ofrece la posibilidad de relacionar más directamente el proceso psicológico en sí con la estructura de la acción que tiene lugar.

La gran diferencia entre el "movimiento patriótico" y la huelga general reside en el contenido altamente cognitivo del primero. Esto constituye otra justificación de la interpretación psicológica, ya que ésta permite el análisis de las creencias y actitudes situadas detrás de la racionalidad funcional de la acción. Además, la característica más manifiesta del "movimiento patriótico" reside en su estrecha unidad sobre toda otra consi-

deración; la obsesión por la revolución, sus objetivos aceptados unánimemente, su coherencia ideológica y estructural. En realidad esto se halla muy cerca de la definición de "conciencia de clase" de Georg Lukács que citáramos. El "movimiento patriótico" estaba evidentemente "maduro para la hegemonía", y si este trabajo hubiera podido abarcar el papel del gobierno, se hubiera observado también que los "patriotas" poseían "intereses y conciencia" como para permitirse "organizar a la totalidad de la sociedad de acuerdo con aquellos intereses". También estaba evidentemente preparado para una "transferencia del poder" a ser llevada a cabo "mediante el empleo más despiadado de la fuerza". Con referencia a las actitudes de nativismo clasista por parte de los "patriotas" puede aceptarse también ampliamente que ellos poseían "una falta de conciencia —debida a su situación de clase— de su propia condición histórica, social y económica". Pero la evaluación del "movimiento patriótico" mediante los criterios de conciencia de clase no puede pasar aquí de una mera sugerencia. Para probar la vinculación sería necesario demostrar que el movimiento fue "simplemente el reflejo intelectual de la estructura económica objetiva" y esto requeriría el cuidadoso análisis de las relaciones de producción y el estado del desarrollo capitalista.⁶⁴ Aún así, la comparación tiene amplio sentido a la luz del desarrollo histórico argentino. La clase trabajadora se hallaba todavía en un proceso apenas incipiente de formación y la Semana Trágica puso de manifiesto cuánto debería recorrer aún para aproximarse a una percepción cognitiva de su situación. La inversa fue el caso de los "patriotas", donde las dimensiones cognitivas se aproximaban al estado de la conciencia de clase. Todo esto coincidiría, al menos a nivel superficial, con lo que actualmente se conoce sobre el estado del desarrollo económico de la Argentina en ese momento. Recordemos que fue un período de incipiente crecimiento industrial que siguió inmediatamente a la expansión agraria del siglo diecinueve. Sin embargo, toda esta problemática debe dejarse para una investigación ulterior.

OBSERVACIONES FINALES

Recordando las diferentes opiniones admitidas en la Argentina sobre la Semana Trágica, este trabajo sugiere ante todo un rechazo de algunas de las más exageradas interpretaciones del

⁶⁴ Véase la nota 4.

episodio. La huelga general fue justamente lo opuesto a un complot en todos sus detalles; si este término pudiera emplearse con sentido, lo cual resulta dudoso, sería más apropiado aplicarlo al "movimiento patriótico". El miedo al bolcheviquismo en 1919 era similar al que existía en otros lugares de América, aunque tuvo consecuencias más graves en la Argentina que en cualquier otra región; la amenaza bolchevique no era más que un espejismo. En la Argentina, la Semana Trágica marcó el nacimiento de un anticomunismo militante, fenómeno que ha perdurado hasta el presente con todo su vigor y que es parcialmente responsable del prolongado estado de conflicto social endémico, no conjurado aún.

El episodio fue una manifestación de la solidaridad de clase, aunque no tanto por parte de los obreros, sino entre los estratos medios en coalición con la elite dominante nacional. La huelga general en realidad pintó inequívocamente la debilidad de los obreros: la ausencia de una percepción de su situación como clase, la subjetivización incompleta de sus motivos de protesta, la debilidad de unión y de organización política, los conflictos entre dirigentes rivales y la mala coordinación entre los dirigentes y las bases. Demostró asimismo que la clase obrera necesitaba de un suceso dramático y repentino de graves y exageradas proporciones para lograr su movilización política y catalizar un sentimiento de injusticia y de solidaridad. Aún más, la clase obrera se reveló como capaz sólo de un nivel de acción política que no iba más allá de una explosión emocional y efímera. Todo lo inverso ocurrió con el "movimiento patriótico", cuya solidaridad y sentimiento de objetivos compartidos se hallaba ya altamente desarrollado antes del comienzo de la crisis.

El evento desencadenante de ambos episodios (la huelga y el "movimiento patriótico") desempeñó papeles contrapuestos. En el caso de la huelga, fue la causa principal y vital de la movilización de masas, y en menor medida de la violencia. En el caso del "movimiento patriótico", la capacidad de movilización y el ejercicio de la violencia estuvieron determinados en un grado mucho mayor por factores históricos, los cuales crearon una psicología específica de la acción, una conciencia integrada y desarrollada de las metas y de los métodos y un alto grado de cohesión estructural. Juzgando por estos dos casos, parecería que el rol del desencadenante como causa de la acción varió según el grado de percepción de las protestas. Donde la percepción cognitiva fue alta, el desencadenante se convirtió en un mero pretexto para la movilización y la acción; donde la percepción fue baja y afectiva ocupó una posición central en el encadenamiento causal.

Un análisis cuidadoso de los procesos implicados en la movilización y la violencia de los subgrupos participantes en la Semana Trágica indica que el concepto de deprivación relativa está lejos de proporcionar la explicación total pretendida por sus defensores. Esto no quiere decir que no pueda ser un enfoque válido y operativo para el problema de la aprehensión subjetiva de la *situación* de clase (como lo sostiene Runciman). Pero pretender —como lo hace Gurr— que ésta es la explicación total de la movilización y la violencia, constituye algo diferente. El proceso de la compleja transferencia de las lealtades de clase a la acción de clase es indudablemente más sutil que la implicada por el simple modelo “frustración-agresión”. En algunos casos (tal como el de los obreros del establecimiento Vasena, reconocidos en esta ocasión como grupo medular de los elementos violentos de la huelga) el modelo parece ser apropiado. En otros, tal como el del “movimiento patriótico” y su situación de “violencia por amenaza”, está lejos de serlo. Fracasa en explicar la violencia y la movilización allí donde no existan condiciones de frustración verdaderas y manifiestas. Tampoco logra establecer con plena claridad la relación entre frustración y agresión. A igualdad de deprivación absoluta, sólo ilumina parcialmente el modo en que ella se transforma en un proceso de movilización. En este sentido yo destacaría fuertemente el papel del fenómeno desencadenante como el factor de subjetivización vital del cual surge la acción. Esto puede contribuir al logro de una explicación de la anomalía aparente de la situación, donde la deprivación cuantificable es equivalente, pero la acción en sí misma es distinta (es decir, la diferencia entre los tipos polares, los obreros del establecimiento Vasena y los grupos de clase obrera de Avellaneda). Esta perspectiva también sirve para revalorizar un enfoque del tema basado en el cuidadoso examen de los microgrupos, pues en cada uno de ellos tanto las causas como los efectos poseen cierto grado de diferenciación. Sin embargo, el acento en el desencadenante no pretende negar las conexiones existentes entre, por un lado, la movilización activa de clase o la violencia, y por el otro las realidades de “deprivación” o “explotación” subyacentes. Es simplemente sugerir que el surgimiento de fenómenos de masas de este tipo no puede ser abarcado dentro de cualquier modelo determinista simple. El verdadero problema reside en la relación entre las fuerzas desencadenantes identificables y las relaciones de deprivación que el desencadenante sirve para poner en relieve.

Por otra parte, la “conciencia de clase” sólo puede convertirse en un concepto plenamente operativo cuando se conoce el

estado de la estructura económica objetiva. Empero, en términos amplios parece ser aplicable a los casos de movilización de clase con alto contenido cognitivo, coherencia ideológica y sentimiento de objetivos revolucionarios. De esta manera provisional puede ser aplicado al "movimiento patriótico".

Este estudio no puede ir más allá de estas sugerencias sobre la teoría de la violencia política y la lucha civil, y su validez sólo puede ser verificada sobre la base de una exploración más intensiva de situaciones comparativas. En este sentido es posible intentar una formalización de los modelos de causación de la acción de masas, distinguiendo entre factores "estructurales remotos" (entre ellos la deprivación) y factores "situacionales inmediatos" (como el caso del desencadenante único). Pero debe destacarse que la causación, y más allá de ella la explicación, no pueden reducirse a un modelo lineal simple, sino que deben integrar dimensiones más amplias mediante categorías múltiples, interconectadas. La necesidad de esto se hace bastante manifiesta considerando por ejemplo casos de acción en los cuales la autonomía de los subgrupos es alta. Todo esto resulta extremadamente difícil de hacer en el caso de la Semana Trágica, dado las fundamentales limitaciones con respecto a la confiabilidad de la información reunida. Puede ser posible, por otra parte, en el estudio de acontecimientos contemporáneos, pues con respecto a ellos el investigador dispone de un amplio conjunto de técnicas de investigación y de elementos tales como el de las pruebas fílmicas. De esta forma pueden surgir modelos explicatorios más complejos, al menos hasta la medida en que lo permitan los límites reconocidos del conocimiento, impuestos por consideraciones epistemológicas.

Traducido por Mario R. dos Santos